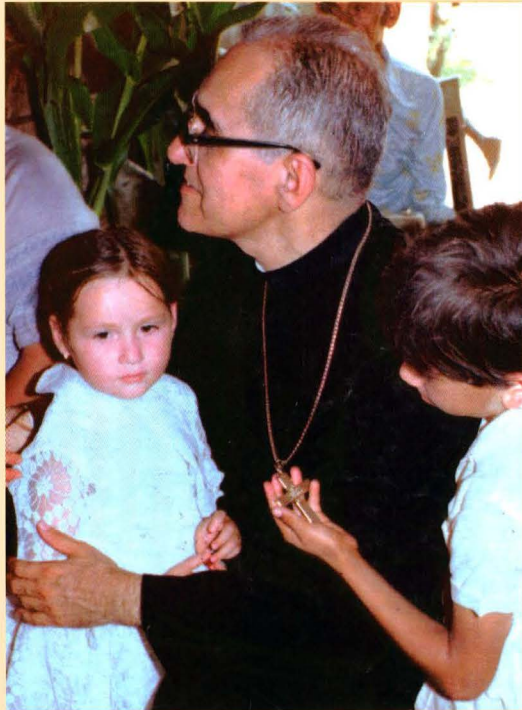


Douglas Marcouiller, S.J.
Jon Sobrino, S.J.

El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero



CMR

CENTRO MONSEÑOR ROMERO - UCA

12



Douglas Marcouiller, S.J.
Jon Sobrino, S.J.



**El sentir con la Iglesia de
Monseñor Romero**

12

Título del original inglés:
Archbishop with an Attitude

© Studies in the Spirituality of Jesuits. 35/3 – May 2003.

El sentir con la Iglesia de
Monseñor Romero

Traducción española de Milagros Amado Mier
© 2004 by Editorial Sal Terrae, Marzo 2004

Agradecemos a Sal Terrae la autorización para
publicar el texto como Cuaderno Monseñor Romero, El Salvador.
Agradecemos también al Equipo Maiz y a Oscar Chicas por facilitar
las fotografías y dibujos sobre Monseñor Romero

Primera edición, marzo 2004

Edita: Centro Monseñor Romero

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

Apdo. Postal 01-168, San Salvador, El Salvador, C.A.

Impreso en Talleres Gráficos UCA, 2004

INDICE

PROLOGO, Jon Sobrino

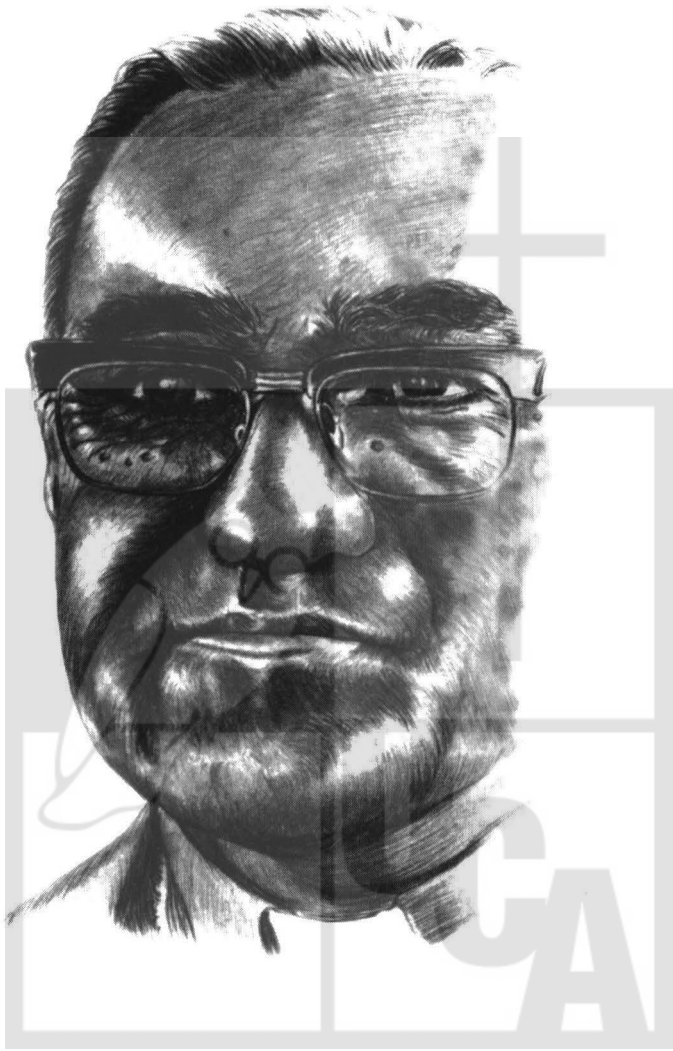
El sentir de Monseñor Romero con Dios,
con el pueblo y con la Iglesia..... 5

1. La comprensión de Dios y su evolución..... 9
2. La comprensión de la Iglesia y su evolución..... 14
3. El *sentir con la Iglesia* y su evolución..... 19
4. Sentir con Monseñor Romero..... 23

EL SENTIR CON LA IGLESIA DE ÓSCAR
ROMERO, Douglas Marcouiller..... 27

Introducción

1. ¿En la Iglesia militante? ¿Con la Iglesia ortodoxa?..... 30
2. Los tres años de Romero como arzobispo..... 32
3. Sentir con la Iglesia local..... 42
 - 3.1 Aguilares..... 43
 - 3.2 Catedral..... 52
 - 3.3 El hospitalito..... 60
4. Sentir con el obispo de Roma..... 64
 - 4.1 Marzo de 1977: «Ahora, ¡valor!»..... 65
 - 4.2 Junio de 1978: Una charla amigable..... 67
 - 4.3 Mayo de 1979: Me hace recordar Polonia..... 70
 - 4.4 Enero de 1980: No sólo justicia social
y amor a los pobres..... 73
5. El sentir con la Iglesia de Romero..... 76



Prólogo

El sentir de Monseñor Romero con Dios, con el pueblo y con la Iglesia

“*Sentir con la Iglesia*” es algo connatural a la fe. Algunos cristianos lo han hecho de manera preclara, y entre nosotros Monseñor Romero. *Sentir con la Iglesia* fue el lema que eligió en su consagración episcopal en 1970, con lo cual expresaba la actitud que quería que dirigiese su ministerio, y lo mantuvo hasta el final. En mayo de 1978, en medio de tensiones con el Vaticano, y en concreto con el cardenal Baggio, prefecto de la Congregación para los Obispos, le escribía: “desde hace muchos años mi lema ha sido: *sentir con la Iglesia* y lo será así siempre”¹.

Hoy también sigue siendo importante el *sentir con la Iglesia*, pero ese sentir está amenazado por varios peligros. Uno, de siempre, es la flaqueza de los creyentes, pero otro, el más actual, proviene de la misma Iglesia. En efecto, el *sentir con la Iglesia* puede ser comprendido y exigido -y con frecuencia lo es- de tal manera que se convierte en pura adhesión, acatamiento, obediencia -muchas veces con tintes de servilismo- a la Iglesia jerárquica. La realidad es más compleja, pero no se puede ignorar el peligro mencionado. Por eso es importante preguntarse qué debe significar hoy *sentir con la Iglesia*, de modo que, por una parte, exprese la relación positiva del creyente con la Iglesia de Jesús, y, por otra, supere el peligro de una mera adhesión inmadura y aun servil a la jerarquía.

Por ello es bueno analizar y revisar qué se entiende, en la teoría y en la práctica, por *Iglesia* y qué se entiende por *sentir*. A la comprensión de Iglesia siempre le compete afirmar su dimensión trascendente, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, sacramento de salvación, signo de comunión, en lo que, después del Vaticano II, debiera haber acuerdo. Pero esa Iglesia sólo existe en configuraciones históricas concretas, por ejemplo, como sociedad perfecta, jerárquica y con poder, tal como surgió desde el giro constantiniano, o como Iglesia de los pobres, tal como surgió en Medellín. Y en las diversas configuraciones históricas puede irse imponiendo uno u otro elemento, la jerarquía, por ejemplo, tal

como ha ocurrido con frecuencia, o la realidad de pueblo de Dios, de base popular, sobre todo de oprimidos y marginados. Y entre nosotros, de un pueblo de mártires.

Hay que revisar también qué se entiende por *sentir*: asentimiento intelectual, docilidad al magisterio, acatamiento a las disposiciones, cuando la Iglesia se comprende más desde su dimensión jerárquica, o afección a los seres humanos que la configuran, con sus limitaciones y logros, con sus gozos y sufrimientos; entre nosotros, afección a una Iglesia de innumerables mártires, con la disponibilidad a servir y aun sufrir.

Y a diferencia de lo que ocurría hace dos o tres generaciones, no se puede dar por supuesto que la concepción de la Iglesia y del sentir con ella son inmutables, sin historia, sino que evolucionan. Esto es un hecho, en la teoría y en la práctica, desde la segunda mitad del siglo pasado, y fue desencadenado en buena medida por el Vaticano II y Medellín.

Por lo que toca a esta evolución, en el concilio y en Medellín se dio un punto de inflexión con una nueva y más cristiana *concepción* de lo que es Iglesia: de una concepción verticalista, autoritaria, de sociedad perfecta, se pasó a una concepción fraternal, de comunión, servicial, de pueblo de Dios. De una relación extrínseca con respecto a Jesús (éste fundó la Iglesia según un modelo sustancialmente jurídico, como muy bien pudo no haberla fundado), a una relación intrínseca: la Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia, su expresión y sacramento, la continuación historizada del movimiento de Jesús. De una concepción de la misión de la Iglesia como servicio a la salvación trascendente y espiritual a otra más abarcadora, servicio a una salvación integral, también histórica, social y corporal. Por último -y quizás esté aquí la mayor novedad-, de una Iglesia idealistamente universal a una Iglesia conscientemente de los pobres.

Esa evolución, que significó una ruptura histórica de siglos, la ha reconocido el magisterio de la Iglesia como positiva. Pero no es fácil mantenerla y siempre amenaza la marcha atrás. Hoy es inocultable. Si esto es así, también deberá evolucionar el sentir con ella, y hay que preguntarse qué debe significar hoy para que exprese la relación positiva del creyente con la Iglesia y supere los peligros mencionados.

Pues bien, esto es, en mi opinión, lo que plantea el escrito que ahora presentamos. Para ello el autor analiza lo que fue el *sentir con la Iglesia* de Monseñor Romero, teniendo en cuenta su evolución, que en muchas cosas no fue de poca monta, sino radical. La conclusión es que Monseñor Romero, sorprendentemente, desde que tomó posesión de la arquidiócesis de San Salvador, es decir, desde una plataforma de importante poder eclesiástico, y a sus 59 años, es decir, en una situación y a una edad en que ya suelen estar configuradas las estructuras de la mente y de la voluntad, pasó no sólo por una conversión -o cambio importante-, como es admitido, sino que pasó también por una evolución en su concepción de la Iglesia y en su sentir con ella. Y el autor lo ofrece como una buena noticia también para hoy.

Por nuestra parte, en esta introducción queremos ofrecer algunas reflexiones que ayuden a comprender el significado de la evolución de Monseñor Romero y que ayuden a todos a un sentir con la Iglesia más maduro y cristiano. Para ello analizaremos muy brevemente tres cosas: 1) lo que en verdad fue último para Monseñor Romero, Dios; 2) lo que para él significó la Iglesia y 3) el sentir con ella. Y nos interesa también recalcar el cambio que se operó en todo ello.

Digamos ahora unas breves palabras sobre el autor. Douglas Marcoullier es jesuita, doctor en economía. Imparte cursos en Boston College, Massachusetts, relacionados con economía y política, relaciones norte-sur, desarrollo y pobreza, y ha pertenecido al equipo de jesuitas que dirige una revista de espiritualidad, *Studies in The Spirituality of Jesuits*. Esto es importante mencionarlo, pues, como es sabido, la expresión *sentir con la Iglesia*, aunque formulada de diversas maneras, tiene gran raigambre en san Ignacio de Loyola. La expresión no aparece literalmente en los textos originales de sus Ejercicios Espirituales, pero sí se puede encontrar en ellos, en el número 352, esta otra: “reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener”. Esto hace comprensible que la revista citada se haya interesado por el tema *sentir con la Iglesia*. Digamos también que el autor conoce bien El Salvador, pues aquí estudió dos años de teología, y viene periódicamente a la UCA a impartir cursos de postgrado. Esto le ha hecho cercano a la tradición de Monseñor Romero y, en ese sentido, le ha facilitado el trabajo. Y añadamos una nota personal. Nos alegra mucho que para abordar un tema, hoy tan arduo y discutido, como lo es el de *sentir con la Iglesia*, y llevarlo a buen puerto, el autor haya elegido a Monseñor Romero.

Para terminar esta introducción quisiera decir que en lo que voy a escribir me baso en mi conocimiento personal de Monseñor Romero, durante los tres años en los que viví muy cerca de él. Fueron años de realidad muy densa: crueldad y bondad sin límites, idolatría y fe en el Dios de la vida, debilidad indefensa y esperanza, sufrimiento atroz y gozo, una legión de victimarios y una nube de mártires, todo lo cual facilitaba captar lo que era fundamental para cualquier persona, y ciertamente para Monseñor. Lo que pasaba en lo más hondo y escondido de Monseñor Romero siempre será su último secreto, pero nos queda su palabra. Y con ella trataré de ilustrar qué significó en definitiva para Monseñor *sentir con la Iglesia*.

Sí quiero insistir en que las palabras -y los conceptos- tienen una hondura y un peso que va más allá de su contenido formal. Por eso, las citas, por bellas y espléndidas que sean, poseen una profundidad que en definitiva sólo se capta adecuadamente habiendo experimentado de alguna manera la realidad que expresan. Si se me permite la expresión, una cosa es *citar textos* de Monseñor Romero y otra cosa es que esos textos *evoquen, pongan en palabra una determinada realidad* y animen a hacerla nuestra. Este es nuestro deseo.



Monseñor Romero con su madre
Guadalupe

1. La comprensión de Dios y su evolución

Es evidente que Monseñor Romero creyó en Dios y se sintió creatura ante Dios. Eso, tan intangible, siempre me llamó poderosamente la atención y me subyugó. De hecho, pocos días después de su asesinato, cuando me pidieron hablar sobre él comencé con estas palabras. “Quizás pueda parecer muy poco o extremadamente simple comenzar a hablar de Monseñor Romero diciendo que fue un hombre que creyó en Dios”². Pero, “Dios, lejos de ser un vocablo vacío, lejos de ser una realidad abstracta lejana e inoperante es el origen primero y el horizonte último de la vida, la justicia, el amor y la verdad; es la exigencia absoluta a que esta vida nuestra sea en verdad digna de hombres, la exigencia a humanizar siempre más todo lo humano y a eliminar siempre cada vez más lo que nos deshumaniza. Pues bien lo primero que queremos de decir de Monseñor Romero es que tuvo una profunda fe en Dios”³.

En el lenguaje del tema que queremos analizar, quisiera decir que Monseñor Romero *sintió con Dios*, y que ese *sentir con Dios* fue lo más primigenio suyo, absolutamente central y permanente. Por razones culturales y tradicionales, pero cada vez más por razones creyentes y cristianas, Dios fue para él lo absolutamente último. En ese sentir de Monseñor Romero aparecía lo que decía Rahner: “Dios es el misterio santo” y “ese misterio permanece misterio eternamente”. Buscando palabras del mismo Monseñor para expresar lo dicho, valgan por muchas las siguientes, que citamos sin comentario.

Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. Por eso tenemos tantos ególatras, tantos orgullosos, tantos hombres pagados de sí mismos, adoradores de los falsos dioses. No se han encontrado con el verdadero Dios y por eso no han encontrado su verdadera grandeza. Y qué desgraciada es la vida cuando en vez de encontrar al Dios verdadero se está adorando al falso Dios: dios dinero, dios poder, dios orgullo, dios placer. Todo eso, ¡falsos dioses!

¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!” (10 de febrero, 1980).

Las palabras son claras, pero lo más importante para nuestro propósito es la fecha en que fueron pronunciadas. Monseñor Romero las dijo seis semanas antes de ser asesinado, es decir, tras tres años de represión infame, de exigencia de conversión y de compromiso total; tras tres años de una fe que sólo se podía vivir históricamente y sin ninguna rutina. En esa misma homilía habló también duramente de la situación del país y denunció, como siempre, las aberraciones de la semana ⁴. Sin embargo, también en esas circunstancias Monseñor se remitía a “Dios”. Era el referente último y absoluto.

Siendo ésta la verdad fundante e inamovible de su vida, Monseñor Romero fue “actualizando” -aunque no sé si esta expresión es muy adecuada- la *realidad* de ese Dios y de su *fe* en él. Dios “se fue haciendo” un Dios siempre nuevo. Se dio, pues, una evolución que también tuvo un punto de inflexión tras el asesinato de Rutilio Grande. No es éste el lugar de examinar en detalle la novedad con que se le iba presentando Dios, pero quizás basten las siguientes palabras para caer en la cuenta de la novedad de Dios con respecto a épocas anteriores de su vida, y las diversas dimensiones en que aparecía esa novedad.

“Quiere Dios salvarnos en pueblo” (*5 de enero, 1978*); lo que significaba la radical superación de un Dios del individuo. “La garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿cómo me comporto con el pobre?, porque ahí está Dios” (*5 de febrero, 1978*); es decir, Dios, el inefable, el inabarcable tiene su lugar bien concreto en la historia. “Dios es la vida. Dios es evolución. Dios es novedad. Dios va caminando con la historia del pueblo” (*11 de junio, 1978*); es decir, aquel motor inmóvil de Aristóteles, camina; y ya que hemos citado a Aristóteles digamos que Dios no caminaba con aristócratas, o con los virtuosos de la contemplación, sino con el pueblo bajo. “No es sembrar aquí la discordia, simplemente es gritar al Dios que llora, el Dios que siente el lamento de su pueblo porque hay mucho atropello, el Dios que siente el lamento de sus campesinos que no pueden dormir en sus casas porque andan huyendo de noche, el lamento de los niños que claman por sus papás que han desaparecido: ¿dónde están? No es eso lo que esperaba Dios” (*8 de octubre, 1978*); es decir, no es ciertamente el Dios apático, sino el Dios parcial, que se deja afectar por el sufrimiento del pobre y denuncia a sus opresores. No sé si Monseñor usó alguna vez la expresión, pero se acerca a la del Dios crucificado.

Terminemos con dos citas de Monseñor en que habla de Dios con absoluta novedad y con absoluto *pathos* profético:

Los antiguos cristianos decían *gloria Dei, vivens homo*. La gloria de Dios es el hombre que vive. Nosotros podríamos concretar esto diciendo: *gloria Dei, vivens pauper*. La gloria de Dios es el pobre que vive (2 de febrero, 1980). Aunque la idea no sea totalmente nueva, a mi entender es la primera vez que se formula de manera tan vigorosa.

Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: no matar... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla... Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado... La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada anta tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión! (23 de marzo, 1980).

Es también evidente que para Monseñor Romero Jesucristo, el sacramento que el mismo Dios se buscó para ser Dios-con-nosotros, Dios-para-nosotros y Dios-a-merced-de-nosotros, participaba, teórica y existencialmente, de la ultimidad de Dios. No vamos a acumular citas ahora, como lo hemos hecho antes. Baste recordar dos cosas. La primera es que cada vez más Monseñor Romero creyó en Dios a la manera de Jesús, y la segunda es que Monseñor Romero vio a Dios desde Jesús ⁵.

Lo primero quiere decir que, como para Jesús, estar en comunión con Dios, hablar con Dios y hablar sobre Dios significó sobre todo hacer real y efectiva la voluntad de Dios. La medida de la fe de Monseñor Romero viene dada por la radicalidad con que defendió la causa de Dios. Como Jesús, buscó

y encontró la voluntad de Dios en la vida cotidiana y en las cosas últimas y profundas de la vida. No hizo de la voluntad de Dios algo trivial y rutinario a lo que estamos acostumbrados los cristianos, incluidos sacerdotes y obispos.

Con lo segundo queremos decir que Monseñor Romero creyó en el Dios del reino, en el Dios de la verdad y la profecía, en el Dios de la compasión y la justicia, en definitiva en el Dios de los pobres. Creyó también en un Dios Padre, Abba, defensor del pobre y rival a muerte de los ídolos, en un Dios con quien había que caminar aun en medio de persecuciones, con un Dios que abandona a Jesús en la cruz, y con un Dios que en la resurrección devuelve a la vida y hace justicia a la víctima Jesús.

Acabamos de citar largamente a Monseñor Romero, y otras muchas citas se pudieran aducir, pero lo dicho puede ayudar a comprender tres cosas que son importantes en sí mismas y que, además, pueden ayudar a ubicar el *sentir con la Iglesia*.

En primer lugar, *la ultimidad última* de Dios, valga la redundancia, que relativiza y ubica a todo lo demás, incluida la Iglesia. Sólo Dios es Dios. “Crear sólo se puede en Dios”⁶, reza el título de un libro de José Ignacio González Faus y Josep Vives. Sea lo que fuere del *sentir con la Iglesia*, éste vivirá de esta ultimidad, y no a la inversa. La segunda cosa es que Monseñor Romero habla de Dios y se remite a Dios en contextos variados de realidad: el caminar en la historia, los pobres y la pobreza, la represión y la obediencia, “la gloria de Dios”. De ahí que también el sentir con la Iglesia deberá tener como referente diversos ámbitos de realidad eclesial, no sólo uno, y ciertamente no deberá concentrarse sólo en la jerarquía. La tercera cosa es la evolución de Monseñor en asunto tan delicado para él como lo es “Dios”, en la comprensión, vivencia y obediencia a ese Dios. Las citas que hemos presentado aparecen en orden cronológico, pero no hay que buscar en esas citas una evolución mecánicamente lineal. Esa evolución aparece si se las compara con el modo de hablar de Dios antes de su ministerio arzobispal. En los últimos tres años de su vida aparece un Dios que, siendo el mismo, siempre es novedoso, siempre es mayor y menor, siempre con nuevas exigencias y con oferta de bienaventuranza. La conclusión es que también el sentir con la Iglesia deberá pasar por una evolución. Y mala señal sería si no ocurriera esto.

Monseñor Romero fue, pues, criatura ante Dios, en desnudez y sin condiciones, y le dejó ser Dios, como quiera que ese Dios se le presentase y a donde quiera que ese Dios le llevase. Dicho en el lenguaje del Vaticano II, Monseñor Romero conocía y aceptaba la Palabra de Dios en la Escritura, y de lo que de él decía la tradición y el magisterio. Pero comenzó a vivir existencialmente lo que el concilio decía sobre la Iglesia: la revelación de Dios le está encomendada, pero ni como totalidad, ni su magisterio, ni su jerarquía “está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio” (*Dei Verbum* 10). Además, el Espíritu santo sigue actuando y “conduce a los creyentes a toda verdad” (*DV*8). Esto significa que la Iglesia debe seguir buscando a Dios -es decir, lo último- en la historia. El Concilio lo afirma cuando habla de los signos de los tiempos, no sólo como aquello que “caracteriza a una época” (*GS*4) -lo que suelo llamar signos en su acepción histórico-pastoral-, sino, más importantemente, como “los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (*GS* 11), lo que suelo llamar signos de los tiempos en su acepción histórico-teológica. Esto es lo que hizo Monseñor Romero no sólo como arzobispo, a quien le tocaba dar ejemplo de cumplimiento del concilio, sino como creyente, en el fondo de su corazón. Monseñor buscó a Dios en la historia concreta que le tocó vivir, y en ella encontró un Dios insospechadamente nuevo.

La conclusión de esta primera reflexión es que al tratar cualquier tema cristiano, eclesial y teológico hay que remitirse a la ultimidad de Dios. Es lo que Karl Rahner llamaba *reductio in mysterium*. Este primer principio *creatural-teológico* es previo al *sentir con la Iglesia*, pero desde él habrá que comprender y juzgar cuándo ese sentir se lleva a cabo adecuada o inadecuadamente, en forma cristiana o no cristiana. Y en cualquier caso, ese principio teológico último es lo que relativizará y potenciará el *sentir con la Iglesia*.

Y queremos terminar este apartado con un breve añadido. Bien está *sentir con la Iglesia*, pero antes hay que preguntarse si la Iglesia *siente con Dios*, y se pone, como criatura, desnuda e indefensa, ante él, como lo hizo Monseñor Romero.

2. La comprensión de la Iglesia y su evolución

Monseñor Romero aceptaba los documentos que provenían del Vaticano II y de Medellín sobre la Iglesia, pero era la realidad histórica la que otorgaba un peso incomparable a esos nuevos conceptos de Iglesia. En otras palabras, Monseñor Romero, en sus tres últimos años, usó conceptos ya conocidos y aceptados, al menos teóricamente. Hablaba, así, de la Iglesia cuerpo de Cristo, aunque él insistía en que era cuerpo de Cristo “en la historia”. Hablaba de la Iglesia como comunión, aunque insistía en que esa comunión es entre todos los miembros de la Iglesia, no sólo con la jerarquía, y la ampliaba a la comunión con todos, sobre todo con los pobres de este mundo. Hablaba de comunidad, pero no rutinariamente, sino como comunidad histórica, sobre todo de base, lugar primario en el que crecían fe, esperanza y caridad, muchas veces hasta el martirio, el amor mayor.



Monseñor Romero en un homenaje que le hicieron en San Miguel

En cosas más concretas, hablaba de Catedral como de la cátedra del obispo, pero es bien sabido que en ella hacía resonar la voz de Dios y la voz del pueblo. Hablaba de la doctrina social de la Iglesia, pero poniéndola a producir, aunque ello le costase persecución y muerte -“es fácil hablar de la doctrina social, pero es difícil ponerla en práctica” (*cf.* 2 de julio, 1978), solía decir. Hablaba de la autoridad de la Iglesia, pero no para estar en armonía con otras autoridades y sacar provecho de ello, sino para dejar claro que la Iglesia tiene que hablar con autoridad a los poderes de este mundo y contra ellos cuando oprimen a la gente. Por último, hablaba de la evangelización como la misión esencial de la Iglesia, pero recalca que eso significaba anunciar la buena nueva a los pobres, trabajar por hacerla realidad, sufrir con ellos la persecución, gozar y esperar con ellos, morir por ellos y resucitar en ellos. Y así pudiéramos seguir analizando temas clásicos alrededor de lo que es la Iglesia.

Quiero mencionar ahora dos cosas en las que Monseñor no sólo profundizó en conceptos sobre la Iglesia más o menos aceptados, sino que vivió la novedad eclesial con gran radicalidad y acuñó conceptos nuevos y radicales para describirla.

Monseñor Romero dijo a los campesinos sufrientes, humillados, torturados y asesinados que ellos eran “el siervo sufriente de Yahveh”, “el divino traspasado”⁷. De esa forma la Iglesia, en cuanto presencia de Jesús, es ante todo la comunidad de los crucificados. Esto va más allá de los conceptos con los que se describe a la Iglesia como sacramento de Cristo y de la humanidad, como Iglesia de comunión, Iglesia pueblo de Dios. Y lo mismo decía Ignacio Ellacuría.

Y de lo anterior sacó también una conclusión en palabras que muchas veces he citado y que producen escalofríos hasta el día de hoy:

Me alegro hermanos de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres (*15 de julio, 1979*)... Sería triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo (*24 de junio, 1979*).

Era la Iglesia encarnada, salvadoreña, real. Eso significaba para la Iglesia estar en el mundo real sin caer en el docetismo, ejercitar la honradez con lo real sin caer en el encubrimiento, ejercitar la compasión y misericordia sin dar un rodeo ante las víctimas. Significa esperar salvación y traer al mundo salvación. Significa hacer real la proclama de la *Gaudium et Spes*, tantas veces citada, y tan poco practicada: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”.

En unas bellas palabras Monseñor Romero dejó escrita la raíz cristológica de su comprensión de una Iglesia con la que se debe sentir.

La Iglesia tiene el deber de prestar a Cristo en la historia su voz de Iglesia para que Jesús hable, sus pies para que recorra el mundo actual, sus manos para trabajar en la construcción del reino en el mundo actual, y todos sus miembros ‘para completar lo que falta a su pasión’ (Col 1, 24) ⁸.

En términos teológicos convencionales esto quiere decir que Monseñor Romero, aceptando las declaraciones dogmáticas sobre lo que es la Iglesia, la comprendía eficaz y existencialmente como continuadora del movimiento de Jesús, con todas las necesarias transformaciones que exige -y posibilita- la historia. Es decir, pienso que Monseñor redescubrió con gozo las raíces de la Iglesia en el movimiento de Jesús. Sabía que después de Pascua el Espíritu llegaría a configurar una comunidad nueva, abierta a todos y cambiante, pero no ignoraba que esa comunidad tiene su origen en Jesús y en el movimiento que él desencadenó en vida. No es el lugar ahora para desarrollar este punto, pero sí es importante recordar algunas cosas, que creo que fueron fundamentales para Monseñor Romero, y que influyeron mucho en su nuevo modo de comprender el *sentir con la Iglesia*.

Lo primero que hay que recordar es que Jesús, como origen histórico de un movimiento que desembocará en la Iglesia, es también *principio*. Esto quiere decir que su vida histórica, su hacer y decir, su padecer y gozar, su muerte y resurrección, principian realidades que, de alguna forma, siempre

tienen que estar presentes en cualquier configuración histórica de la Iglesia. Aunque sea obvio, recordemos lo fundamental para nuestro tema: *sentir con la Iglesia* no debe implicar, por un lado, servilismo, anulación indebida de la propia voluntad, infantilismo, ni, por el otro, autoritarismo, absolutismo, prepotencia, todo lo cual es contrario a Jesús. Debe significar más bien introducirse en una comunidad de los que se llevan mutuamente. Y dicho todavía con mayor profundidad, en una comunidad, cuya autoridad última, más allá de la cual no se puede ir, es “la autoridad de los que sufren”, la autoridad de pobres y víctimas. Esto fue muy claro para Monseñor.

Esto quiere decir que para la Iglesia debe ser central lo que fue central en el movimiento de Jesús: las bienaventuranzas, tanto las de Mateo como las de Lucas, el seguimiento costoso y gozoso, la denuncia de los ídolos reales -y, por supuesto, no estar en connivencia con ellos-, y el anuncio del reino de Dios, hecho por todos y todas, mucho antes que cualquier diferenciación ministerial, y hecho para todos y todas, sin distinción de género ni etnia, y con parcialidad consciente hacia pobres y débiles, publicanos y prostitutas, niños y mujeres.

Este principio *jesuánico* es obviamente anterior al *sentir con la Iglesia*, pero, como decíamos antes, lleva a la pregunta de si la Iglesia *siente* con ese Jesús y su movimiento. Monseñor Romero estaba convencido de que así debía ser.

Y también fue muy importante para Monseñor Romero la nueva comprensión de la misión de la Iglesia como evangelización. Tomó muy en serio la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI: “la identidad de la Iglesia consiste en su misión”, más en concreto en “la evangelización a los pobres tal como lo hizo Jesús”. Esto significa que la misión es lo que da identidad a la Iglesia. En palabras que Moltmann escribió hace 30 años: “no es la Iglesia la que ‘tiene’ una misión, sino a la inversa, la misión de Cristo se crea una Iglesia. No es la misión la que hay que comprender a partir de la Iglesia, sino a la inversa”⁹. Esto quiere decir que no es que exista *ya* la Iglesia, y que, *después*, se pregunta qué hacer para y con los pobres, como si la Iglesia ya estuviese constituida adecuadamente con anterioridad a su relación con ellos, y como si el modo histórico de llevar a cabo esa misión no afectase a algo esencial suyo, que permanecería intocable a lo largo de la historia. Pienso yo que eso es lo que

existencialmente vivió Monseñor Romero. Indudablemente siempre tuvo una idea de lo que era la Iglesia, pero esa idea fue cambiando, adquiriendo nuevos matices importantes, y eso ocurrió sobre todo según era la misión que a él le tocó llevar a cabo. Es indudable que una Iglesia que hace central el “recoger cadáveres” -como dijo en Aguilares el 19 de junio de 1977- se comprenderá a sí misma de manera muy diferente a una Iglesia que sólo los contempla, sólo reza por ellos, o sólo busca componendas con los poderosos para que dejen de aparecer cadáveres.

De esta forma hemos enunciado un tercer principio *misional*, anterior al sentir con la Iglesia, pero que, además, lleva a la pregunta de si la Iglesia *siente con la fundamentalidad de la misión* para su propia constitución, y si discierne con qué misión de las muchas que ha llevado a cabo en el pasado, y se le ofrecen en el presente, debe sentir.



«Yo levanto mi voz para decir: no idolatren sus riquezas»
En la Universidad de Lovaina cuando recibió el doctorado honoris causa.
2 de febrero, 1980

3. El *sentir con la Iglesia* y su evolución

Quizás nos hemos detenido en exceso en lo que es previo al tema de este libro, pero quizás lo dicho haya servido para ubicarlo correctamente: El *sentir con la Iglesia de Monseñor Romero*. Es claro que Monseñor sintió con la Iglesia, también en lo que ésta tiene de jerárquica y magisterial. Se dejó guiar por los textos del Vaticano II, Medellín, la *Evangelii Nuntiandi* y Puebla, y los citó abundantemente. Con gran frecuencia citó también la doctrina social de la Iglesia y la puso en práctica. Y sea cual fuere su *sentir* en ocasiones difíciles, siempre fue fiel ¹⁰. “Quiero ser fiel al Papa hasta la muerte” (30 de septiembre, 1979). Cuando en el Vaticano quisieron quitarle de arzobispo o, al menos inutilizarle nombrando un obispo auxiliar con plena potestad, Monseñor Romero lo aceptó ¹¹, pidiendo sólo que lo hiciesen con dignidad para que no sufriese su pueblo. Cuál fuese en esos casos su *sentir* no es fácil saberlo, pero queda muy en claro su *fidelidad* a la Iglesia, a la que sólo anteponía su fidelidad a Dios.

Ese sentir y esa fidelidad no tuvo nada de fácil ni rutinario, sino que fue difícil y sumamente doloroso para él. En los tres últimos años Monseñor Romero quedó muy afectado por el modo como lo trataron desde las altas instancias jerárquicas de la Iglesia. Es conocida la aversión que sufrió de parte de los obispos salvadoreños, con la excepción de Monseñor Rivera que siempre le mostró fidelidad, apoyo y amistad. Y tampoco encontró apoyo, sino oposición en el Nuncio. Por lo que toca al Vaticano, el Cardenal Baggio se le opuso fuertemente. También se le opuso el entonces obispo Quarrachino, enviado por el Vaticano como visitador. Del papa Pablo VI siempre guardó un recuerdo imborrable y un gran agradecimiento. Su experiencia con Juan Pablo II fue diversa. En su primera visita de 1978 se sintió incomprendido y casi desautorizado. En su segunda visita en 1980 la relación fue más normal y aun cordial -de hecho, en 1983, por propia iniciativa y en contra de la voluntad del gobierno salvadoreño, Juan Pablo II fue a visitar su tumba en catedral y alabó a Monseñor como “celoso pastor”. Por otra parte, encontró gran apoyo en algunos miembros importantes de la jerarquía, como el cardenal Pironio y el cardenal Lorscheider -y también se desahogaba con el Padre Arrupe. Personalmente, tuve la oportunidad de ser testigo presencial de su alegría -hasta las

lágrimas- cuando en Puebla un grupo de unos veinte obispos se reunieron con unos treinta teólogos y científicos sociales, que estaban a su servicio. Platicamos, comimos, gozamos y rezamos juntos. Para Monseñor Romero fue algo inolvidable, y comentaba que eso es lo que echaba grandemente en falta en las reuniones con sus hermanos obispos en El Salvador, lo que le producía un gran dolor.

He mencionado las dificultades personales de Monseñor Romero con buena parte de la jerarquía eclesiástica, pero lo que le dolía no era la incomprensión o ataques contra él, sino la incomprensión sobre lo que le ocurría al pueblo y sobre la actuación cristiana de su Iglesia. No había comprensión de lo que debía ser y hacer la Iglesia, para ser buena samaritana, como lo pedía Jesús, e incluso para estar en la cruz del pueblo como lo estuvo Jesús. Eso es lo que realmente superaba su capacidad de comprensión, y lo que le hacía sufrir inmensamente. Así se lo dijo a su confesor, el Padre Azcue, S.J. en su último retiro espiritual seis semanas antes de ser asesinado ¹².

Tampoco el sufrimiento personal fue lo que le llevó a repensar el *sentir con la iglesia*, aunque ese sufrimiento fuese acompañado por la desilusión que le producían muchas acciones y actitudes jerárquicas, con lo cual se le desmoronaba un poco su visión anterior, un tanto idealista, de la Iglesia. Lo más decisivo para su evolución fue el dejarse afectar sin límite alguno por la situación histórica, la pobreza, la injusticia, el sufrimiento, la fe, el compromiso, el amor y la esperanza del pueblo. Eso le llevó a repensar qué *es la Iglesia* y, consecuentemente, qué era *sentir con la Iglesia*.

Las raíces más profundas de ese sentir provenían de la Iglesia real que había visto nacer en El Salvador y en otros lugares. En Puebla lo dijo con toda claridad: “una Iglesia interpretada no sólo como magisterio, sino como pueblo; un pueblo que pone su esperanza en la Iglesia, un pueblo que es Iglesia y Cristo, que se ha hecho carne en la Iglesia latinoamericana de los pobres, los oprimidos y los que sufren”. Y de ahí, la conclusión que saca pocas líneas más adelante: “El ‘sentir con la Iglesia’ de San Ignacio es sentir con la Iglesia encarnada en este pueblo que pervive necesitado de liberación” ¹³. *Sentir* va más allá de adhesión a verdades. Significa realmente sentir, gozar, esperar, y, sobre todo en aquellos días, sufrir... “Sufrimos con los que han sufrido tanto.

Sufrimos con los que están perdidos, con los que están huyendo y no saben qué pasa con su familia... Estamos con los que sufren las torturas” (19 de julio, 1977). Es la raíz popular, comunitaria, encarnatoria del *sentir con la Iglesia*.

Hay que sentir, pues, con quienes son los crucificados en la historia, que son los miembros más numerosos y más privilegiados por Dios de la Iglesia de Jesús. Sentir con los “campesinos salvadoreños pobres de mi arquidiócesis en quienes repetidamente se crucificaba al Señor Jesucristo”¹⁴, como escribía al Cardenal Baggio, con la pasión de un Bartolomé de las Casas.

Ante esa Iglesia, el sentir de Monseñor, como creyente y como arzobispo, cobró una novedad inaudita. Hay que aprender del pueblo, y así decía Romero “el pueblo es mi profeta” (8 de julio, 1979); sentir es aprender. “A mi me toca ir recogiendo atropellos y cadáveres” (19 de julio, 1977); sentir es estar entre cadáveres. “Antes de mi seguridad personal yo quisiera seguridad y tranquilidad para 108 familias y desaparecidos” (14 de enero, 1979); sentir es olvidarse de uno mismo y desaparecer en los otros. “Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones, para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige” (11 de noviembre, 1979); sentir es identificarse totalmente con su pueblo.

Pero no sólo eso. Monseñor también *sintió* con la Iglesia al sentir gozo con su pueblo. “Ustedes, una Iglesia tan viva, tan llena del Espíritu santo”, decía con frecuencia. Sentir es sumergirse en el *sensus fidelium*, en el sentir creyente de la gente. Sentir es preguntar al pueblo qué pensaba de las cosas importantes del país y de la Iglesia, y de ahí que envió una encuesta antes de escribir su cuarta Carta pastoral para saber qué pensaba el pueblo sobre lo que es Dios, Cristo, el pecado, la Iglesia, la jerarquía, el nuncio, su arzobispo... Sentir es alegrarse del pueblo, como lo expresan estas palabras admirables de aprecio y veneración:

Si alguna vez nos quitaran la radio, nos suspendieran el periódico, no nos dejasen hablar, nos mataran a todos los sacerdotes y al obispo también, y quedarán ustedes, un pueblo sin sacerdotes, cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios, cada uno de ustedes tiene que ser un mensajero, un profeta (8 de julio, 1979).

No hay que extrañarse entonces de las palabras tantas veces citadas y tan infrecuentes que pronunció Monseñor ya hacia el final de su vida: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para hacer oír su voz” (18 de noviembre, 1979).

Como tampoco son de extrañar las palabras con que María López Vigil termina su libro sobre Monseñor Romero “*Piezas para un retrato*”. Cuenta que un hombre harapiento limpiaba con esmero la tumba de Romero valiéndose de uno de sus harapos. Y cuando alguien le preguntó por qué lo hacía contestó:

«Porque él era mi Padre» -“¿Cómo así?”- “Es que yo no soy más que un pobre, pues. A veces acarreo en el mercado con un carretón, otras veces pido limosna y en veces me lo gasto todo en licor y paso la goma botado en la calle. Pero siempre me animo: ¡son babosadas, yo tuve un Padre! Me hizo sentir gente. Porque a los como yo él nos quería y no nos tenía asco. Nos hablaba, nos tocaba, nos preguntaba. Nos confiaba. Se le echa de ver el cariño que me tenía. Como quieren los padres. Por eso yo le limpio su tumba. Como hacen los hijos»¹⁵.

Sentir con la Iglesia fue para Monseñor Romero dejarse afectar por el sufrimiento y la esperanza de un pueblo crucificado, sacramento de Cristo y presencia de Dios en la historia. Fue vivir y desvivirse por ese pueblo, sufrir y gozar con él, morir con él y resucitar en él. Ese *sentir* mayor fue acompañado con otros *sentires* a la jerarquía, el magisterio, la doctrina social de la Iglesia. Pero aquél es el que daba sentido a éstos, y no a la inversa. Como en la antigua comprensión de la analogía, el sentir con el pueblo crucificado fue el *analogatum princeps* de las diversas expresiones de *sentir con la Iglesia*.

4. Sentir con Monseñor Romero

No terminamos así por ironía. Los creyentes creemos que hay “algo” en la Iglesia (Dios, Jesús, amor, justicia, esperanza...) con lo que se puede y debe *sentir*. Y creemos también que en la Iglesia puede haber y siempre habrá testigos, personas, grupos, pastores y jerarquía también, y ocasionalmente instituciones, que hagan presente a ese Dios, a Jesús, el amor, la justicia y la esperanza. Estos testigos son, por una parte y de alguna manera, “productos” de la Iglesia, al menos de lo mejor de ella, pero son también “productores” de Iglesia. Por decirlo con sencillez y en un lenguaje de actualidad, tiene sentido decir que la Iglesia canoniza a gente buena y los declara santos y santas, pero hay que decir -y pienso yo más primigeniamente- que es esa gente buena la que hace santa a la Iglesia, la que la canoniza.

Pues bien, este punto nos parece fundamental en nuestro tiempo, ciertamente en países en los que abunda la santidad de los mártires. Con los obispos Juan Gerardi en Guatemala, Christophe Munzihirwa en el Congo, Monseñor Romero en El Salvador, más con los miles y miles de hombres y mujeres que han dado su vida por la justicia, tenemos que *sentir*. Y a ellos -según la lógica cristiana- hay que anteponer los millones de inocentes que mueren de hambre en el día a día, y son asesinados y masacrados violentamente, aunque permanecen anónimos, sin nombre. No podemos ser cristianos ni humanos sin *sentir con ellos*.

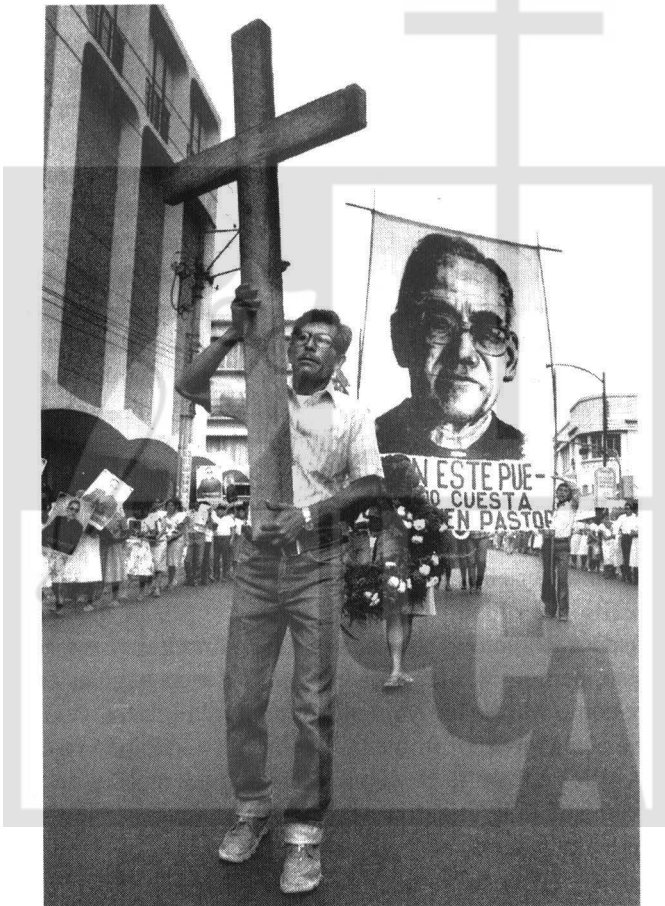
Con todos ellos debe sentir la Iglesia, dejarse afectar por ellos, agradecerles su testimonio y su vida, llorar por sus sufrimientos, dejarse salvar por ellos y desvivirse por ellos para bajarlos de la cruz.

Monseñor Romero es sólo un caso, pero importante por ser bien conocido. Por eso, pensamos, bien hará el lector de estas páginas preguntándose no sólo si y cómo Monseñor Romero sintió con la Iglesia, sino si y cómo la Iglesia sintió con Monseñor Romero. Y sobre todo -dejando en el pasado sentimientos hostiles en contra de él por parte de poderosos y de algunos eclesiásticos- bien hará la Iglesia, todas las Iglesias cristianas, todo hombre y mujer de buena voluntad, en *sentir hoy con él*.

Tener presente el sentir con la Iglesia de Monseñor Romero y el sentir de la Iglesia con Monseñor Romero, poner juntas ambas cosas, ofrece un camino modesto pero seguro de que la Iglesia sea en la historia la Iglesia de Jesús y ayude a humanizar a este mundo.

Jon Sobrino

San Salvador, marzo de 2004



Notas

¹ *Carta al cardenal Baggio*, mayo, 1978.

² *Monseñor Romero*, San Salvador, 1989, p. 68.

³ *Ibid.*

⁴ En la versión escrita de la homilía la parte dedicada a lo ocurrido en la semana ocupa ocho páginas.

⁵ *Cfr. Monseñor Romero*, pp. 68-71.

⁶ El título completo es *Crear sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede crear*, Santander, 1985,

⁷ *Cfr. Monseñor Romero*, p. 35.

⁸ “La Iglesia cuerpo de Cristo en la historia”, en R. Cardenal, I. Martín-Baró, J. Sobrino, *La voz de los sin voz*, San Salvador, 1980, p. 76.

⁹ *La Iglesia en la fuerza del espíritu*, Salamanca, 1978, p. 26.

¹⁰ “Su eminencia hace referencia a mi “conocida devoción a la Santa Sede”. Eso es algo de lo que su Eminencia puede estar seguro”, *Carta al cardenal Baggio*, citada en Brockmann, *A Life*, 1989, p. 120.

¹¹ “Si es para bien de la Iglesia, con el mayor gusto entregaré a otras manos este difícil gobierno de la arquidiócesis”, *Diario pastoral*, 2 de mayo, 1979.

¹² *Cfr.* “El último retiro espiritual de Monseñor Romero”, *Revista Latinoamericana de Teología* 13 (1988), p. 6.

¹³ En José Magaña. S.J., *Ejercicios Espirituales en, desde y para América Latina*, México 1980, p. 101.

¹⁴ *Carta del 21 de mayo de 1978.*

¹⁵ San Salvador, 1993, pp. 398s.



El sentir con la Iglesia de Óscar Romero*

Douglas Marcouiller, S.J.

Introducción

En su primer viaje a Centroamérica, el papa Juan Pablo II se detuvo inesperadamente en la catedral de San Salvador. En el interior de sus muros de ladrillo rojo y cemento armado, el papa se arrodilló para orar con las manos sobre la tumba del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, asesinado tres años antes. El papa calificó a Romero de «celoso Pastor a quien el amor de Dios y el servicio a los hermanos condujeron hasta la entrega misma de la vida»¹. Aunque sobria, la oración es digna de mención: menos de un año antes de la muerte de Romero, el papa había estado considerando el envío de un administrador apostólico para regir la archidiócesis en lugar de Romero².

A los pies de la tumba donde el papa se arrodilló había una placa con el lema episcopal de Romero, *Sentir con la Iglesia*. Romero era consciente de la resonancia ignaciana de la frase. Había entrado en contacto con los Ejercicios Espirituales siendo alumno de la Universidad Gregoriana, había hecho el mes de Ejercicios siendo un joven sacerdote, y tenía costumbre de repetir los de ocho días, la última vez un mes justo antes de su muerte³. Romero conocía las reglas de Ignacio para tener la actitud debida respecto de la Iglesia. Se le había aconsejado mantener que era negro lo que él veía como blanco si así lo determinaba la Iglesia jerárquica⁴. Consciente de todo ello, escribió durante un retiro anterior a su ordenación como obispo: «Mi consagración [está] sintetizada en esta palabra: *Sentir con la Iglesia*»⁵. Posteriormente escribió al cardinal Sebastiano Baggio: «Desde hace muchos años mi lema ha sido: “Sentir con la Iglesia”. Y lo será así siempre»⁶.

Romero, sin embargo, dirigió la archidiócesis de San Salvador como consideró conveniente. Tuvo frecuentes problemas con el Vaticano y siempre estuvo en conflicto con otros obispos salvadoreños. ¿Qué significaba, pues, para Romero *sentir con la Iglesia*?

Examinando su trayectoria se ve que el *sentir con la Iglesia* de Romero iba más allá del asentimiento intelectual a la doctrina oficial. Para él se trataba de un concepto extremadamente rico:

- *Sentir con la Iglesia* no es algo únicamente mental; es un acto personal de identificación con la Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia, sacramento de salvación en el mundo.
- Identificarse con la Iglesia supone abrazar su misión, la misión de Jesús, de proclamar el Reino de Dios a los pobres. *Sentir con la Iglesia* es, por lo tanto, un acto apostólico.
- El poder del evangelio se revela en circunstancias históricas concretas. En San Salvador en 1980, *sentir con la Iglesia* significaba seguir las líneas pastorales trazadas por el Concilio en *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, por Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, y por los obispos latinoamericanos en Medellín y Puebla; pero no sólo eso. *Sentir con la Iglesia* exigía un discernimiento atento a las circunstancias concretas de la comunidad católica local y a las necesidades específicas de la sociedad salvadoreña.
- Romero mantuvo toda su vida su devoción por el papa. Pero esta devoción por los sucesores de Pedro no se extendía a los diplomáticos y burócratas vaticanos.
- Finalmente, para Romero, sentir con la Iglesia significaba a veces sentir *contra* «los poderes de este mundo». Romero los escuchaba y hablaba con ellos, pero se negaba a alinearse a su lado.

Romero habló de los Ejercicios Espirituales en una entrevista informal concedida en 1980 durante la Conferencia de Puebla (México). Hablando de *sentir con la Iglesia*, decía Romero: «San Ignacio lo presentaría hoy como una Iglesia en que el Espíritu Santo está siendo el acicate de nuestro pueblo, de nuestras comunidades, una Iglesia que supone no sólo la enseñanza del Magisterio y la fidelidad al papa, sino también servicio a este pueblo y discernimiento de los signos de los tiempos a la luz del evangelio»⁷. Monseñor Ricardo Urioste, vicario general de la diócesis y colaborador cercano a Romero, dice simplemente que, para Romero, *sentir con la Iglesia* significaba estar arraigado en Dios, defender a los pobres y aceptar todos los conflictos procedentes de la fidelidad al Señor⁸.

Este acercamiento adopta un enfoque narrativo, en lugar de analítico, del modo de *sentir con la Iglesia* de Romero. Comienzo con una visión general de los tres años de Romero como arzobispo de San Salvador, marco en el que inscribo teorías concretas. A continuación ilustro el modo de *sentir con la Iglesia* local de Romero, centrándome en tres importantes lugares en su ministerio: la ciudad de Aguilares, la catedral de San Salvador y el *hospitalito* en que Romero vivía. Finalmente, volviendo al modo de *sentir con la Iglesia* universal de Romero, me centro en su interacción con la Santa Sede.

Un compañero me dijo en cierta ocasión: «Romero es tan del siglo pasado...», dando a entender que su historia también debía quedar ahí. Puede que el propio Romero estuviera de acuerdo: «La Iglesia no es recuerdos, no es espejo retrovisor nada más. La Iglesia va caminando hacia adelante y necesita también perspectivas nuevas»⁹. En muchos aspectos, la perspectiva de Romero es ajena hoy a los jesuitas de los Estados Unidos y de Europa. Era un obispo, tenía un papel en la Iglesia distinto del nuestro, y era salvadoreño. La Iglesia que él dirigió tenía una historia de poder y privilegio protegida por el Estado. La nación a la que sirvió se vio atrapada en procesos geopolíticos sobre los cuales tenía muy escaso control. Y el pueblo al que amó fue presionado hasta el límite.

Pero quizá Romero, un no-jesuita amigo de la Compañía, tenga algo que enseñarnos acerca del servicio a la misión de Cristo hoy como amigos en el Señor y amigos de los pobres en una sociedad dividida¹⁰. Le imagino diciendo: «La Iglesia de los Estados Unidos, al mismo tiempo que lucha por reformar su vida interna, debe tener también la vista puesta en la misión de la Iglesia en el mundo. Escuchar y aprender. Escuchar a Dios, al Magisterio y al pueblo, en especial a los pobres. Discernir cuidadosamente y después hablar, aunque resulte incómodo. No inclinarse ante los poderes de este mundo. Proclamar el Reino de Dios». Romero no puede mostrarnos cómo hacerlo exactamente, puesto que vivimos en un tiempo y un lugar distintos, pero sí puede inspirarnos, como hacen los santos¹¹. El arzobispo puede hacernos partícipes de convicciones profundas.

1. ¿En la Iglesia militante? ¿Con la Iglesia ortodoxa?

Empezaré con una breve nota preliminar. La frase *Sentir con la Iglesia* no aparece en los textos originales de los *Ejercicios Espirituales*. Procede de un título que ahora normalmente se inserta antes del número [352]. El título es «*Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener*». Este título habitualmente se ha traducido al inglés como «Rules for Thinking with the Church». Louis Puhl dice que esta divergencia respecto del *Autógrafo* «fue añadida para clarificarlo y es tradicional»¹². Sin embargo, especialmente en inglés, dicho título puede confundir más que clarificar. George Ganss dice que el n. [352] «va mucho más allá del ámbito del pensamiento o de la creencia debida»¹³.

Además, los primitivos textos de los Ejercicios no concuerdan con dicha interpretación. En el *Autógrafo*, n. [352], dice: «*Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las reglas siguientes*», lo que Puhl traduce del modo siguiente: «The following rules should be observed to foster the true attitude of mind we ought to have in the Church militant»¹⁴. La edición vulgata latina de los Ejercicios de André de Freux, que data, como el *Autógrafo*, de la década de 1540, da una versión distinta del n. [352]¹⁵: «*Regulæ aliquot servandæ, ut cum orthodoxa Ecclesia vere sentiamus*». Obsérvese que el «en» la Iglesia ha cambiado a «con» la Iglesia. Jesús Corella afirma que «en» subraya la participación del ejercitante en la vida de la Iglesia, mientras que «con» instauro una relación entre dos entidades diferentes, «una que establece la norma (la Iglesia) y otra que ha de acomodarse (el ejercitante que recibe estas Reglas al final de su mes de Ejercicios)»¹⁶. Por otra parte, la Iglesia «militante» se convierte en la Iglesia «ortodoxa», perdiendo en la traducción –en palabras de Corella–, el vigor de «una Iglesia trabajadora, más de la calle y de la vida cotidiana, en misión, afanada por el Reino, humilde y sudorosa...», la Iglesia «de la calle».

¿De cuál se trata, pues? ¿En la Iglesia militante? ¿Con la Iglesia ortodoxa? De hecho, Ignacio conoció y aprobó ambos textos, frustrando cualquier búsqueda del «debido». Quizá sea para bien, porque lleva a apartar la atención del texto de las reglas y a centrarla en su propósito. En palabras de David Fleming, estas «líneas directrices» pretenden «resultar útiles a la hora de desa-

rollar una sensibilidad verdadera y amante en cuanto al modo de pensar, sentir y actuar como católico en nuestra Iglesia actual»¹⁷. El artículo de Gerald Fagin en *Studies*: «Fidelity in the Church – Then and Now», ofrece una excelente introducción a las Reglas y a su interpretación contemporánea por el Decreto 11 de la Congregación General 34: «El sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener»¹⁸.

El presente artículo no es un trabajo sobre traducción o crítica textual. Utilizo de manera intercambiable las expresiones «pensar con la Iglesia», «tener sentido de la Iglesia», «tener la mente de la Iglesia» y «*sentir con la Iglesia*», apelando al ejemplo de Romero, en lugar de a la crítica textual, para dar a entender lo que la frase puede significar. Tiendo a evitar la traducción contemporánea más obvia de *sentir*, «to feel». Reconozco, sin embargo, que la compasión y la empatía que transmite «to feel» pueden ser justamente lo que necesitamos hoy.



Fue ordenado sacerdote en Roma el 4 de abril de 1942

2. Los tres años de Romero como arzobispo

Romero fue entronizado como arzobispo de San Salvador el martes 22 de febrero de 1977, en una discreta ceremonia en la iglesia anexa al seminario de San José de la Montaña¹⁹.

No era aún tiempo de guerra; faltaban todavía unos años para masacres como las de Río Sumpul y El Mozote²⁰. Sin embargo, ya se había dado marcha atrás incluso respecto de los más tímidos intentos de modificar el distorsionadísimo sistema de propiedad de la tierra salvadoreño, y la reforma ficticia estaba ya empezando a dar paso a la represión auténtica. El ministro de Defensa y representante de la línea dura, Carlos Humberto Romero, general sin relación alguna con el arzobispo, era el candidato gubernamental en las elecciones presidenciales del 20 de febrero. Tres sacerdotes habían sido expulsados del país durante el mes precedente, y la casa de un cuarto sacerdote había sido bombardeada²¹. La tensión política fue, pues, una de las razones de tan discreta entronización.

Otra razón de la discreción de la ceremonia fue la incertidumbre de la arquidiócesis respecto del nuevo arzobispo. Muchos esperaban lo peor. Jesús Delgado, sacerdote que más tarde colaboró estrechamente con Romero, dice que cuando Romero comenzó a hablar aquella mañana, «el silencio era sepulcral»²².

Romero no era un desconocido. Ordenado obispo en 1970, había prestado servicio como auxiliar en San Salvador hasta ser transferido en 1974 a la diócesis de Santiago de María. En San Salvador no había estado en sintonía con la línea pastoral progresista del sempiterno arzobispo Luis Chávez, ni del otro auxiliar, Arturo Rivera Damas. Entre los jesuitas, Romero era conocido especialmente por haber atacado su centro de enseñanza secundaria acusándolo de marxismo²³.

Hay quien afirma que la línea pastoral de Romero comenzó a cambiar durante su servicio episcopal en Santiago de María²⁴. Allí fue —dice Urioste— donde Romero empezó a ver a los pobres no sólo como personas a las que

ayudar, sino como protagonistas de su propia vida²⁵. Sin embargo, incluso en Santiago de María Romero se dio a conocer por reestructurar un centro de formación catequética inspirado en los documentos de Medellín²⁶. Además, no protestó públicamente cuando la Guardia Nacional asesinó a cinco campesinos en Tres Calles y a otro más en un lugar cercano, aunque sí escribió una carta privada de protesta al Presidente²⁷. No resulta sorprendente que, como escribió su director espiritual, que era jesuita, algunos no consideraran a Romero adecuado para el ministerio de arzobispo, dadas las circunstancias del país²⁸. Urioste, que posteriormente fue vicario general de Romero, ni siquiera acudió a la entronización²⁹.

El primer mes de Romero como arzobispo resultó dramático. Ante la evidencia de fraude en las elecciones presidenciales, los manifestantes se congregaron en el centro de la ciudad. El 28 de febrero, las tropas dispararon contra la multitud, y numerosas personas huyeron a refugiarse en la iglesia de los dominicos. Decenas de personas fueron asesinadas³⁰.

El 5 de marzo, la Conferencia Episcopal salvadoreña redactó una carta condenando violaciones concretas de los derechos humanos y haciendo referencia, asimismo, a estructuras sociales fundamentalmente injustas. La carta debía ser leída en las misas del domingo 13 de marzo. El 12 de marzo, Romero se echó atrás, según contó posteriormente el obispo Rivera Damas. El 12 de marzo al mediodía, Romero dijo a Rivera: «Esta carta es inoportuna, esta carta es parcial. Esta carta no sé por qué se ha emanado»³¹. Aquella misma tarde, el jesuita Rutilio Grande, párroco de Aguilares, y dos compañeros fueron asesinados cuando iban a decir misa en El Paisnal. Aquella noche, Romero acudió a Aguilares, y algo ocurrió. Tal como Rivera lo cuenta, Romero no sólo leyó la carta en la misa dominical del día 13, sino que su comentario fue tan hermoso que «estuvimos viendo cómo la sabiduría de Dios estaba con él. A partir de entonces, ese hombre cambió...»³².

Abundaremos en este tema en el siguiente apartado de nuestro trabajo, centrado en la iglesia de Aguilares. Por el momento, baste con decir que la respuesta de Romero a la muerte de Rutilio fortaleció su identificación con la archidiócesis e introdujo tensión en sus relaciones con el Vaticano.

Romero realizó su primera visita a Roma como arzobispo a finales de marzo, apenas un mes después de su entronización. Poco después publicó su primera carta pastoral a la arquidiócesis, *La Iglesia de la Pascua*. En abril, un pequeño grupo guerrillero izquierdista conocido como Fuerzas Populares de Liberación secuestró al ministro de asuntos exteriores, Mauricio Borgonovo, pidiendo la liberación de treinta y siete presos políticos a cambio de la vida del ministro³³. No se encontró solución alguna, a pesar de los llamamientos de Romero y de otras personas, y el cuerpo de Borgonovo fue encontrado el 10 de mayo. Al día siguiente, el padre Alfonso Navarro y un compañero fueron asesinados en venganza, demostrando que la derecha culpaba a la Iglesia de la violencia revolucionaria. Una semana después, Aguilares fue ocupado por el ejército, que asesinó al menos a cincuenta personas y se llevó del lugar a centenares³⁴. Echando la vista atrás un año más tarde, Romero escribió lo siguiente al cardenal Baggio, prefecto de la Congregación para los Obispos:

Me tocó, en los primeros meses de pastor de esta arquidiócesis, asistir, impotente, al asesinato de dos sacerdotes, a la expulsión y/o exilio de casi otros veinte, a la profanación de la Sagrada Eucaristía en la ocupación militar de toda una zona rural (Aguilares-El Paisnal) y de su iglesia y casa parroquial y, sobre todo, al hostigamiento, encarcelamiento, tortura, desaparición y asesinato de campesinos salvadoreños pobres de mi arquidiócesis, en quienes repetidamente se crucificaba al Señor Jesucristo (*Lumen gentium*, 8)... Ante esta iniquidad, tanto más escandalosa por suceder en un país cuyos gobernantes se precian de católicos, no podía callar³⁵.

Lejos de callar, Romero predicaba mucho y con enorme fuerza. Se dice que eran tantas las personas que sintonizaban en la radio sus homilias dominicales que se podía ir por la calle sin perderse ni una frase, porque se iba enlazando el sonido de la radio de una persona con el de la siguiente. Pero Romero no sólo hablaba, sino que también escuchaba, a sacerdotes y campesinos, a trabajadores y hombres de negocios. Urioste –el vicario general– cuenta una anécdota acerca de la escucha:

Yo recuerdo siempre una reunión en que él preguntó algo, no recuerdo qué era lo que preguntaba. Había allí pastoralistas, teólogos, moralistas, canonistas y todos los cerebros de la arquidiócesis. Y él preguntaba, uno res-

pondía, y él iba tomando nota, tomando nota, tomando nota, tomando nota... Agradeció al final, y terminó la reunión... Bajábamos las gradas del seminario y había allí un como pordiosero, y Monseñor se acercó a él. Yo dije, pues, le va a dar alguna limosna, ¿Sabe qué fue a hacer? A preguntarle lo mismo que nos estaba preguntando a nosotros... Creo que él tenía esa gran capacidad de escuchar, como que quería estar más seguro con el *sensus fidelium*, saber que es lo que la gente pensaba, lo que la gente creía y expresaba³⁶.

El general Romero tomó posesión de la presidencia de El Salvador el 1 de julio de 1977. El arzobispo Romero había establecido la política de no acudir a ceremonias oficiales hasta que el gobierno comenzara una investigación seria sobre los asesinatos de Aguilares, y, apartándose de una inveterada tradición, se negó a asistir a la ceremonia de toma de posesión. Otros dos obispos sí asistieron, junto con el nuncio. Romero defendió su postura en la subsiguiente reunión de la Conferencia Episcopal, citando el Vaticano II, Medellín y la *Evangelii Nuntiandi*³⁷.

El 21 de junio de 1977, la Unión Guerrera Blanca, grupo derechista clandestino, dio a la Compañía de Jesús un mes para abandonar El Salvador; cualquier jesuita que no se hubiera marchado a la finalización del plazo sería asesinado. No se marchó ninguno. En su homilía del 24 de julio dijo Romero: «Quiero destacar el testimonio de santidad, de serenidad, que nos han dado nuestros hermanos los padres jesuitas... Nadie ha huido... Muchas gracias, padres jesuitas...»³⁸. La evidente solidaridad de Romero con la Compañía en la época del asesinato de Rutilio y de nuevo en julio fue una de las razones de la acusación, esgrimida frecuentemente contra él en años posteriores, de estar manipulado por los jesuitas.

Los agentes de pastoral laicos de las zonas rurales de la archidiócesis siguieron siendo blanco de la represión durante el resto del año 1977. Por ejemplo: Felipe de Jesús Chacón, miembro del secretariado nacional de Curullos de Cristiandad, fue detenido por la policía a finales de agosto cuando recorría el polvoriento camino que llevaba a su casa. Su cuerpo mutilado fue encontrado la mañana siguiente con la piel del rostro y de la cabeza arrancada³⁹.



Mons. Luis Chávez, Mons. Arturo Rivera Damas y Rutilio Grande en la consagración episcopal de Mons. Romero

¿A qué se debía la persecución? Ésta era la opinión de Romero: «En la raíz de todo estaba un gobierno manipulado por un capital intransigente y dispuesto a no dejar hablar a la Iglesia su mensaje integral, que despierta la conciencia crítica del pueblo»⁴⁰. El obispo Marco René Revelo, por entonces obispo auxiliar de Santa Ana, interpretaba la situación de modo distinto. En el Sínodo de Obispos de octubre en Roma, Revelo dijo: «Los catequistas rurales, los mejor preparados, los más conscientes, los que han tenido siempre mayor capacidad de liderazgo, están cayendo muy deprisa en las redes que el Partido Comunista y los grupos de extrema izquierda maoísta les tienden, y se están integrando rápidamente en sus filas»⁴¹. Dos meses después, el obispo Revelo fue trasladado por la Santa Sede de Santa Ana a San Salvador para ser auxiliar de Romero.

Revelo y sus hermanos obispos no estaban únicamente preocupados por la formación de los catequistas y de los predicadores laicos oficialmente comisionados como Delegados de la Palabra, sino que también les inquietaba la formación de los sacerdotes en el seminario nacional, situado en San Salva-

dor. En 1972, los profesores y administradores jesuitas, que estaban en sintonía con el plan pastoral de la archidiócesis, pero no concordaban con los obispos de otras diócesis, fueron expulsados del seminario que habían dirigido desde 1915⁴². Los primeros meses de 1978 fueron testigos de una renovada disputa entre los obispos acerca de la formación pastoral en el seminario. La disputa se exacerbó en abril, cuando Romero ofreció refugio por un tiempo en los terrenos del seminario a personas que huían de un ataque de inspiración gubernamental contra las organizaciones campesinas de la ciudad de San Pedro Perulapán, situada unos kilómetros al este de San Salvador⁴³. Roma se inmiscuyó en la cuestión. El tenor de la polémica puede deducirse de una carta que escribió Romero al cardenal Gabriel Garrone, prefecto de la Congregación para la Educación Católica:

Su Eminencia hace referencia a mi “conocida devoción a la Santa Sede”. Eso es algo de lo que Su Eminencia puede estar seguro. De lo que a mí me gustaría también poder estar seguro es de que esa sagrada congregación está bien informada acerca de la realidad de lo que ha sido y es la vida en nuestro seminario central. Porque yo tengo razones bien fundadas para pensar que no lo está⁴⁴.

En este punto, el cardenal Baggio, prefecto de la Congregación para los Obispos, invitó a Romero a Roma para un «fraterno e amichevole colloquio» (una conversación amigable y fraternal). Encuentro que será descrito más adelante.

La gente que recurría al sistema judicial salvadoreño en busca de ayuda en lo relativo a los presos políticos y los «desaparecidos» no la encontraba. El *habeas corpus* no tenía significado alguno. La tortura continuaba. Romero así lo dijo en su homilía del 30 de abril de 1978. En respuesta, La Corte Suprema de Justicia desafió a Romero a «dar nombres» de jueces corruptos. Romero, no dispuesto a exponerse a las denuncias de personas concretas, respondió con una relación tan clara de problemas sistemáticos que la Corte Suprema renunció a su ataque⁴⁵.

La recesión económica y la represión militar fortalecieron a las organizaciones de base, en lugar de destruirlas. Muchos miembros activos de esas organizaciones eran también católicos activos. El arzobispo Romero y el obispo Rivera Damas, que había sido trasladado de Santiago de María, donde

había sucedido a Romero, clarificaron la relación entre la Iglesia y las organizaciones populares en una carta pastoral conjunta de agosto de 1978, que hicieron coincidir con la fiesta patronal de San Salvador, la Transfiguración.

El padre Ernesto Barrera fue asesinado el 28 de noviembre de 1978. El gobierno afirmó que había muerto en un tiroteo con miembros de las Fuerzas Populares de Liberación, el grupo que había secuestrado a Borgonovo. En medio de la crisis subsiguiente, el nuncio envió a Romero una nota en la que le decía que el Vaticano había nombrado al obispo Antonio Quarracino, que ya se encontraba en la ciudad, visitador apostólico de la arquidiócesis⁴⁶.

El año 1979 se inauguró con un ataque de las fuerzas gubernamentales contra una pequeña casa de ejercicios de San Salvador, «El Despertar». Cuatro adolescentes participantes en el retiro y el padre Octavio Ortiz, joven sacerdote al que el propio Romero había ordenado, fueron asesinados⁴⁷.

Romero partió dos días después al encuentro de obispos latinoamericanos de Puebla (México). A su regreso a San Salvador dijo: «...quienes se hacían ilusiones de que Puebla iba a ser un paso atrás, un reproche a Medellín, han quedado muy equivocados porque Puebla ha sido una ratificación de Medellín...»⁴⁸. En este pronunciamiento es posible percibir la tensión que rodeó el encuentro, primer encuentro general de obispos latinoamericanos celebrado durante el pontificado de Juan Pablo II. Entre los que esperaban un resultado final distinto se encontraba otro delegado salvadoreño al encuentro, el presidente de la Conferencia Episcopal de El Salvador, el obispo Pedro Arnoldo Aparicio. Romero recogió en su diario una declaración de Aparicio «en la cual echa la culpa de la violencia en El Salvador a los jesuitas y denuncia que hayan venido a Puebla a defender la posición del arzobispo que, según la declaración, es “indefensible”...»⁴⁹. Recordando el contexto de las palabras de Aparicio poco después de los asesinatos de «El Despertar», la respuesta de Romero podría haber sido más dura; fue, sin embargo, mesurada. Acordó reunirse con el General de los jesuitas, Pedro Arrupe, presente también en Puebla, para preparar una declaración, «no tanto para defendernos en lo personal, sino por el bien de la Iglesia y para evitar peligros que con esta declaración [del obispo Aparicio] puedan desatarse contra la Compañía de Jesús»⁵⁰.

Uno de los momentos más bajos de 1979 fue la visita de Romero a Roma en mayo, que era la tercera como arzobispo. Después de muchos esfuerzos, Romero consiguió una audiencia con el papa Juan Pablo. Romero dejó constancia de que el papa «se refirió al informe de la visita apostólica de monseñor Quarracino, el cual reconoce una situación sumamente delicada y recomienda como solución a las deficiencias pastorales y a la falta de unidad entre los obispos, un administrador apostólico *sede plena*»⁵¹. En efecto, de haberse adoptado la sugerencia de Quarracino, «Romero habría quedado como arzobispo de nombre, pero habría sido otro quien habría regido la arquidiócesis»⁵². Volveré sobre esta propuesta en el último apartado. Mientras Romero estaba en Roma, las fuerzas de seguridad dispararon contra los participantes en una manifestación frente a la catedral de San Salvador, con el resultado de veinticinco muertos y numerosos heridos⁵³.

Como de costumbre, Romero publicó una carta pastoral en agosto, con motivo de la festividad de la Transfiguración. El título de la carta de 1979 fue *La misión de la Iglesia en la actual crisis del país*. Algunos oficiales reformistas del ejército reconocieron también la existencia de una «crisis» y dieron un golpe el 15 de octubre⁵⁴. «Los jóvenes militares demostraron al mundo entero, sin quererlo ni pretenderlo, que la denuncia profética del arzobispo tenía un fundamento sólido»⁵⁵. La gente esperaba de su pastor una respuesta pública a los acontecimientos. Romero emitió una declaración afirmando que lo prudente era «observar y esperar antes de juzgar y actuar». En la misma declaración recordaba al nuevo gobierno que los hechos eran más expresivos que las promesas y rogaba a Dios que abriera camino a la justicia y la paz. Citando la *Gaudium et spes*, Romero se ofrecía a emprender un diálogo con el nuevo gobierno, estipulando únicamente que tanto el Estado como la Iglesia reconocían que su propósito era servir al pueblo, cada cual a su modo⁵⁶.

La apertura de Romero al nuevo gobierno fue rechazada por algunas de las «comunidades eclesiales de base». Desde siempre, Romero había pretendido llevar a cabo una doble estrategia pastoral. Una dimensión era la utilización de la radio y de los medios de comunicación impresos para llegar con su predicación a la mayor cantidad de gente posible. La otra era apoyar la evangelización intensiva en pequeñas comunidades eclesiales. Como ya se ha mencionado, algunos miembros de estas comunidades consideraron que su vocación cristiana los llevaba a compromisos políticos izquierdistas, fenómeno

que Romero y el obispo Rivera Damas habían abordado extensamente en su carta pastoral conjunta de 1978. Cuando algunas organizaciones de izquierda rechazaron el golpe presuntamente reformista por considerarlo un fraude, sus afiliados de las comunidades de base denunciaron también la actitud de esperar y ver de Romero ante la nueva junta.

A medida que iban pasando las semanas, se iba viendo claramente que cualquier esperanza de reforma era vana. Los oficiales jóvenes y los miembros civiles del gobierno eran incapaces de arrebatar el control militar efectivo de las manos de los antiguos líderes de la línea dura, uno de los cuales conservaba el puesto de ministro de defensa. Los miembros civiles del gobierno más dignos de confianza dimitieron en enero de 1980, «en protesta por la imposibilidad de llevar adelante las reformas prometidas por el movimiento del 15 de octubre»⁵⁷. La represión aumentó dramáticamente bajo la denominada «Segunda Junta», alianza de los demócrata-cristianos con los militares apoyada por los Estados Unidos.

El 22 de enero, Romero escribió en su diario que se había abierto fuego contra una gran manifestación pacífica de organizaciones de izquierda, matando a mucha gente. Sólo de las escaleras de la catedral se recogieron once cuerpos. El gobierno dijo a Romero que ellos no eran responsables, pero Romero escribió: «Muchas voces de testigos señalaban que los guardias que estaban en el balcón del Palacio Nacional habían tiroteado a la muchedumbre», al igual que harían durante el funeral del propio Romero⁵⁸. Unas cuantas semanas después, cuando se anunció que los Estados Unidos estaban considerando la ayuda militar al gobierno, Romero escribió una carta de protesta al presidente Jimmy Carter.

Romero hizo su última visita al Vaticano a finales de enero de 1980. La visita incluyó una audiencia con el papa Juan Pablo, que finalizó con un «abrazo muy fraternal». Romero escribió que dejó la Santa Sede habiendo «sentido la confirmación y la fuerza de Dios para mi pobre ministerio»⁵⁹. Urioste afirma que, incluso entonces, Romero fue mal entendido por el Vaticano, que siguió creyendo que era demasiado activo en el terreno político⁶⁰.

A finales de febrero, Romero hizo su último retiro. Había planeado hacerlo en Guatemala; pero, dado el explosivo clima político, decidió no dejar el país. Acompañado de otros seis sacerdotes, hizo el retiro en Planes de

Renderos, en la casa de las hermanas pasionistas. Es posible consultar sus anotaciones de este retiro, un pasaje de las cuales, construido sobre los Ejercicios, resulta especialmente conmovedor:

Hemos llegado a las meditaciones del Reino de Dios y del seguimiento de Cristo. Aun “contra mi sensualidad y contra mi amor carnal y humano” hago mi oblación: “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado”. Así concreto mi consagración al Corazón de Jesús, que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana en mi vida. Así también pongo bajo su providencia amorosa toda mi vida y acepto con fe en Él mi muerte por más difícil que sea... Me basta para estar feliz y confiado saber con seguridad que en Él está mi vida y mi muerte, que a pesar de mis pecados en Él he puesto mi confianza y no quedaré confundido y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la Patria⁶¹.

Las notas del retiro de Romero prosiguen perfilando un plan de reforma de vida e incluso el calendario de las visitas pastorales a varias comunidades de la archidiócesis.

Realizó pocas de aquellas visitas. El domingo 23 de marzo predicó una homilía que tituló: «La Iglesia: un servicio de liberación: personal, comunitaria y trascendente». Suele citarse una frase de esta larga y compleja homilía: «En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión...!»⁶². Al día siguiente se reunió con un sacerdote del Opus Dei⁶³. Fue a la residencia de los jesuitas de Santa Tecla a hablar con Segundo Azcue, que era su confesor⁶⁴. Volvió al hospital en que vivía a celebrar la misa vespertina. A la finalización de la homilía, cuando Romero estaba extendiendo el corporal sobre el altar, fue asesinado de un balazo⁶⁵.

3. Sentir con la Iglesia local

Romero se identificaba con la Iglesia local como cuerpo de Cristo en la historia, comprometida con la verdad, llena de compasión por los pobres y enviada a proclamar la buena nueva. El arzobispo se volcó en la predicación del Reino y aceptó los conflictos que surgían de su fidelidad al Señor. Para Romero, *sentir con la Iglesia* significaba evangelizar en las circunstancias concretas de la aquidiócesis, exponiendo el pecado personal y las estructuras pecaminosas que marginaban a los pobres, proclamando y promoviendo el amor y la justicia del Reino de Dios, sin dejarse amilanar por las fuerzas represivas que se guiaban por criterios muy distintos.

Una vez esbozadas las líneas generales de los tres años de Romero como arzobispo, remontaremos de nuevo el curso de la historia y completaremos algunos aspectos que ilustran el modo de sentir de Romero con la Iglesia local. Estructuraré estos ejemplos en torno a tres lugares importantes en el ministerio del arzobispo: la parroquia de Aguilares, la catedral de San Salvador y el hospital donde vivía.



3.1 Aguilares

Muchas de las personas que conocían a Romero –aunque no todas– hablan de un cambio durante sus primeros meses como arzobispo; cambio asociado al asesinato del jesuita Rutilio Grande. Diez años después del asesinato de Romero, el arzobispo Rivera Damas escribió lo siguiente:

Estoy de acuerdo con aquellos que hablan de una “conversión” de Monseñor Romero en el momento en que asumió el cargo pastoral de la arquidiócesis de San Salvador... Un mártir dio vida a otro mártir. Delante del cadáver del padre Rutilio Grande, Monseñor Romero, en su vigésimo día de arzobispo, sintió el llamado de Cristo para vencer su natural timidez humana y llenarse de la intrepidez del apóstol. Desde aquel momento, Monseñor Romero dejó las tierras paganas de Tiro y de Sidón y marchó libremente hacia Jerusalén⁶⁶.

Es conveniente proporcionar al lector algunas pinceladas sobre Rutilio Grande y la experiencia de Aguilares. El arzobispo Luis Chávez, predecesor de Romero, otorgó en 1972 la responsabilidad pastoral de la parroquia de Aguilares a la Compañía de Jesús. La ciudad de Aguilares era un centro comercial, mientras que la zona circundante estaba dedicada al cultivo de la caña de azúcar. Como en todo El Salvador, grandes extensiones de tierra en torno a Aguilares pertenecían a muy escaso número de personas, mientras que la mayor parte del pueblo estaba compuesta por trabajadores agrícolas sin tierra y muy mal pagados.

El equipo pastoral jesuita estaba encabezado por Rutilio Grande, nativo de El Paisnal, uno de los pueblos pertenecientes a la parroquia. Entre los jesuitas de El Salvador, Rutilio destacaba por su compromiso con el trabajo pastoral y por su estrecha asociación con el clero diocesano, con el que mantenía una relación de mutua admiración. Durante los años sesenta enseñó teología pastoral y supervisó el trabajo de campo en el seminario nacional, por entonces bajo la dirección de la Compañía. En 1970 dejó el seminario, pasó un año en el colegio jesuita de segunda enseñanza y después permaneció un año sabático en el Instituto Pastoral Latinoamericano de Quito⁶⁷. Durante su

estancia en Quito, formuló sus preferencias apostólicas de este modo: «Un trabajo pastoral en equipo, en una zona rural campesina o suburbana marginada, realizando una promoción integral a partir de la concientización cristiana»⁶⁸.

En Aguilares, los jesuitas pasaron casi un año dando misiones quincenales en veinticinco sectores geográficos distintos de la parroquia. Pasaban la mañana hablando con la gente y visitando familias; la tarde, dirigiendo la catequesis de los niños; y la noche, en reuniones con adultos. En esas reuniones, los adultos leían varias veces un pasaje evangélico y después comentaban sus implicaciones. De entre los líderes naturales que surgieron, se comisionó a unos laicos como Delegados de la Palabra para proseguir los encuentros y mantener el vínculo entre las pequeñas comunidades de base y el resto de la parroquia. Al final de la fase de «misión», marcada por una gran liturgia en la festividad de Pentecostés de 1973, la parroquia tenía treinta y siete comunidades organizadas y unos trescientos Delegados de la Palabra. Los integrantes de dichas comunidades crecían en confianza, unidad, familiaridad con la Escritura y capacidad de interpretar su propia situación a la luz de la misma⁶⁹.

La segunda fase de la experiencia pastoral de Aguilares tuvo dos propósitos fundamentales. El primero fue revitalizar la vida sacramental, incitando a la gente a una participación más activa y a una mayor responsabilidad. Los objetivos centrales fueron dos: la Eucaristía y el bautismo. El otro propósito importante del equipo de trabajo fue acompañar a los Delegados personalmente en su crecimiento en la fe. En este proceso, algunos delegados optaron por integrarse en organizaciones no directamente vinculadas a la parroquia, en especial en la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños, FECCAS⁷⁰. «No era necesario decir a los campesinos que estaban oprimidos o quiénes eran sus opresores. Ambas cosas estaban a la vista. Llegaron a comprender perfectamente que tales situaciones eran anticristianas y que el Evangelio, lejos de exhortar a la resignación, les pedía que lucharan contra ella»⁷¹.

¿Qué significaba ello en concreto? Un ejemplo puede servir de ayuda. El 23 de mayo de 1973, al finalizar la zafra, el administrador de la fábrica de azúcar «La Cabaña» se negó a pagar el salario completo que se había acorda-

do verbalmente. Entonces, más de mil quinientos trabajadores se negaron a aceptar el pago incompleto. Ya fuera por el número de trabajadores, por su unidad o por la amenaza implícita de sus machetes para cortar caña, la «huelga» resultó un éxito⁷². Ciertamente, el equipo pastoral no organizó aquella protesta, pero entre los huelguistas había Delegados de la Palabra.

El plan pastoral contaba con pleno apoyo del arzobispo Chávez; pero, como es lógico, no contaba con el de los terratenientes locales. Unas comunidades campesinas unidas y capaces de hacerse oír no formaban parte de los planes de los terratenientes, y menos unas comunidades con la libertad y la confianza propias de las personas inspiradas por la Palabra de Dios. Mientras se negaban a reconocer el inveterado problema de la «violencia institucionalizada», los terratenientes afirmaban que la parroquia estaba creando un nuevo problema⁷³. La Palabra de Dios estaba siendo manipulada y la liturgia politizada –decían– por sacerdotes insultantes y un arzobispo permisivo, Chávez. La tensión no cesaba de crecer.

El padre Mario Bernal, párroco de la parroquia vecina de Apopa, fue expulsado del país el 29 de enero de 1977⁷⁴. Católicos de otras parroquias se unieron a la comunidad de Apopa para la misa del 13 de febrero, y Grande predicó la homilía, en la que dijo que Dios creó el mundo material para todos. El mundo material es como la mesa de la Eucaristía, una mesa común, bellamente engalanada, con espacio para que todos puedan arrimar su silla. Jesús empleó una cena para hablar de su Reino. «Hablaba mucho de una cena. Y la celebró la víspera de su compromiso total. Él, de treinta y tres años, celebró una cena de despedida con los más íntimos y dijo que ése era el memorial grande de la Redención. Una mesa compartida en la hermandad, en la que todos tengan su puesto y su lugar»⁷⁵.

Un mes más tarde, el 12 de marzo, Grande se dirigía con algunos amigos hacia El Paisnal para la celebración eucarística del sábado por la tarde, dentro de la novena previa a la solemnidad de san José, patrón de El Paisnal, que se celebraría el 19 de marzo. El coche fue objeto de una emboscada. Rutilio y dos compañeros, Manuel Solórzano, de setenta y dos años, y el quinceañero Nelson Rutilio Lemus, fueron asesinados a tiros⁷⁶.

A la luz de lo que sucedió posteriormente, es difícil revivir hoy el impacto que tuvo en la Iglesia salvadoreña este primer asesinato de un sacerdote —que se vio seguido de otros muchos—. Incluso en aquella atmósfera de agitación ideológica y tensión política, el asesinato de un sacerdote resultaba inconcebible.

Romero llevaba tres semanas de arzobispo. Poco después de que fuera perpetrado el crimen, probablemente en la hora posterior, Romero recibió una llamada telefónica del general Armando Molina, presidente de El Salvador, expresando sus condolencias.

Monseñor Romero dio las gracias al presidente Molina, y hasta ese momento lo interpretó como un gesto de amistad por su parte. Mas cuando tuvo los primeros indicios de aquel asesinato, que había sido perpetrado por hombres que manejaban armas y balas de un calibre que solamente los cuerpos de seguridad podían usar, una honda indignación embargó su corazón, y el telefonazo del “amigo” Molina comenzó a presentar el carácter del crudo cinismo⁷⁷.

Aquella noche, Romero y Rivera Damas acudieron a la iglesia parroquial de Aguilares para unirse a los cientos de campesinos y clérigos que oraban ante los cuerpos de las tres víctimas. Romero y Grande habían sido amigos; Grande había sido el maestro de ceremonias de la ordenación episcopal de Romero. Ahora Romero se encontraba ante el cuerpo acribillado a balazos de Rutilio, de un anciano y de un niño, tendidos sobre unas mesas situadas delante del altar. Celebraron la Eucaristía. Después de la liturgia, bien pasada la media noche, en una atmósfera cargada de ira, dolor y miedo, Romero pidió a algunas personas que se quedaran a hablar con él. Les preguntó qué hacer. Jon Sobrino era uno de ellos: «Sentí un gran cariño por aquel obispo humilde que nos pedía, casi mendigaba, ayuda para soportar la carga que se le venía encima, muy superior a la que podían llevar sus hombros y los de cualquier otro»⁷⁸. Y prosigue Sobrino:

Ciertamente estaba nervioso; pero en medio del nerviosismo y el no saber qué hacer de aquellos primeros momentos, yo creo que Mons. Romero tomó la honda decisión de reaccionar como Dios se lo pidiera; hizo una opción verdadera por los pobres, representados aquella noche por centenares de campesinos alrededor de tres cadáveres, in-

defensos ante la represión que ya sufrían y la que preveían. No sé si interpreto bien lo que pasaba en aquellos momentos por el corazón de Mons. Romero, pero creo que debió de experimentar que aquellos campesinos habían hecho una opción por él y le estaban pidiendo que él los defendiera. Y la respuesta de Mons. Romero fue la de hacer él una opción por los campesinos, convertirse en su defensor, en la voz de los sin voz (*ibidem*).

Éste es el momento que a veces se ha denominado «conversión de Romero», aunque al propio Romero no le gustaba la expresión. Él se refería a

...una evolución de mi mismo deseo que siempre he tenido de ser fiel a lo que Dios me pide; y si antes di la impresión de más “prudente” y “espiritual”, era porque así creía sinceramente que respondía al Evangelio, pues las circunstancias de mi ministerio no se habían mostrado tan exigentes de una fortaleza pastoral que en conciencia creo que sí se me pedía en las circunstancias en que asumí el arzobispado⁷⁹.

Me pregunto si cabe interpretar lo que le sucedió a Romero, a la luz de su lema, como una profundización de su sentido de la comunidad católica en



Mons. Romero, Mons. Luis Chávez, el P. César Jerez. El P. Alfonso Navarro hace una de las lecturas en la misa de cuerpo presente del P. Rutilio Grande

la concreción histórica de la misma en Aguilares. Romero compartía el dolor y el miedo de la gente con la que celebraba la Eucaristía aquella noche, y oía la llamada de los «centenares de campesinos que ponían en él sus ojos y que, sin palabras, le preguntaban qué iba a hacer»⁸⁰. En los tres meses siguientes, Romero proporcionó la respuesta.

El funeral por los tres asesinados se celebró en la catedral de San Salvador el 14 de marzo. Lo presidió el nuncio, y Romero fue quien predicó. Manifestó su estrecha amistad con Grande, pero también dijo: «El momento no es para pensar en lo personal, sino para recoger de ese cadáver un mensaje para todos nosotros que seguimos peregrinando». Citando a Pablo VI, Romero dijo que la Iglesia ofrece a la lucha universal por la liberación hombres y mujeres inspirados por la fe, informados por la doctrina social de la Iglesia y motivados por el amor⁸¹. Habló de la unidad de la Iglesia y de su misión: «Somos una Iglesia peregrina, expuesta a la incomprensión, a la persecución; pero una Iglesia que camina serena porque lleva esa fuerza del amor» (*ibidem*).

No sé por qué fue el nuncio quien presidió el funeral en lugar del arzobispo. Lo que sí sé es que Romero comenzó su homilía dando la bienvenida al «excelentísimo representante su Santidad el papa» (*ibidem*). Quizá sea ello reflejo de la devoción por la Santa Sede que Romero parece haber mantenido toda su vida, o puede que refleje su amistad con el nuncio, que acabaría aquella misma semana.

En los días posteriores a la muerte de Grande, en la archidiócesis se tomaron dos decisiones. La primera consistió en no participar en ninguna ceremonia promovida por el gobierno hasta que éste se comprometiera a «hacer brillar la justicia» sobre los asesinatos⁸². El nuncio se quejaría de ello posteriormente, cuando Romero se negara a asistir a la toma de posesión del presidente el 1 de julio.

La segunda decisión provocó un problema inmediato con el nuncio. Después de una amplia consulta, Romero decidió que el domingo 20 de marzo se celebraría en la archidiócesis una sola misa en la plaza situada frente a la catedral. Todos los habitantes de la diócesis serían invitados a participar en aquella *misa única*, y a todos los sacerdotes se les pediría que concelebraran. Signo y fuente de unidad, sería también un acto concreto de solidaridad con las parroquias que habían perdido a sus sacerdotes. La decisión fue anunciada

el 15 de marzo, y poderosos líderes empresariales visitaron al arzobispo para expresar su protesta⁸³. El 17 de marzo, Romero fue convocado a la nunciatura para recibir una reprimenda del nuncio, que repitió muchos de los argumentos expuestos primeramente por los hombres de negocios. Contando con el apoyo casi unánime del clero, sin embargo, Romero se negó a echarse atrás. Visitó de nuevo la nunciatura el 18 de marzo y pidió a Jon Sobrino y a algunas otras personas que le acompañasen. Sobrino cuenta así la historia:

El nuncio no estaba y nos recibió su secretario. Desde el principio se veía al secretario de la nunciatura visiblemente enojado... El secretario comenzó diciendo que la argumentación pastoral y teológica en favor de la misa única era buena; creo que incluso dijo que muy buena... “Pero”, añadió, “ustedes han olvidado lo más importante”. No se me ocurría qué podía ser más importante en aquellos momentos, pero el secretario sentenció: “han olvidado el aspecto canónico”⁸⁴.

El problema era si el arzobispo tenía o no autoridad para dispensar de la obligación de la misa dominical a las personas que no podían acudir a la catedral.

El abismo que se estaba abriendo entre la arquidiócesis y la nunciatura puede verse en la respuesta de Sobrino: «Le contesté que nada hay más importante que el cuerpo de Cristo, que estaba siendo reprimido y desangrado en el país»⁸⁵. En palabras de James Brockman, «la discusión continuó, pero no avanzó»⁸⁶. En palabras de Jesús Delgado, participante en ambas reuniones, «Monseñor Romero se vio ante la alternativa de seguir agradando al nuncio, cuyas reacciones eran retroalimentadas por el sector reaccionario de la sociedad salvadoreña, o apoyar a su clero, más solícito por las justas inquietudes del pueblo sufrido»⁸⁷.

Sintiendo con la Iglesia de un modo que bien puede haber sido nuevo, Romero optó por la unidad con los sacerdotes y con las mayorías populares, la inmensa mayoría de un pueblo pobre. La misa única fue celebrada, con la participación de cien mil personas, incluidos virtualmente todos los sacerdotes de la arquidiócesis, y dejó en la asamblea un tremendo sentimiento de esperanza⁸⁸. Durante la homilía, defendiendo la predicación de sus tan difamados colaboradores pastorales, Romero dijo:

Estén seguros, hermanos, de que la línea evangélica que la arquidiócesis ha emprendido es auténtica... Y esto es el significado de hoy, una autorización del obispo, maestro auténtico de la fe, para que todos aquellos que están en comunión con él sepan que predicar una doctrina que está en comunión con el papa y, por tanto, verdadera doctrina de nuestro Señor Jesucristo⁸⁹.

Para Romero, la tensión con el nuncio no era lo mismo que la tensión con el papa.

El ejército salvadoreño ocupó Aguilares el 19 de mayo. Registraron casa por casa y apalearon a las personas que tenían publicaciones eclesiales. Fueron asesinados cincuenta civiles, entre ellos el sacristán, que había subido a la torre para tocar a rebato. Muchas más personas fueron detenidas. Los tres jesuitas que quedaban en la parroquia, Salvador Carranza, José Luis Ortega y Marcelino Pérez, fueron expulsados del país. El edificio de la iglesia fue convertido en cuartel, «base de las operaciones represivas», como lo denominó Romero en una carta al cardenal Jean Villot⁹⁰. Al propio Romero se le negó permiso para retirar el Santísimo Sacramento, que se encontró esparcido por el suelo bajo el sagrario, que había sido abierto a balazos⁹¹.

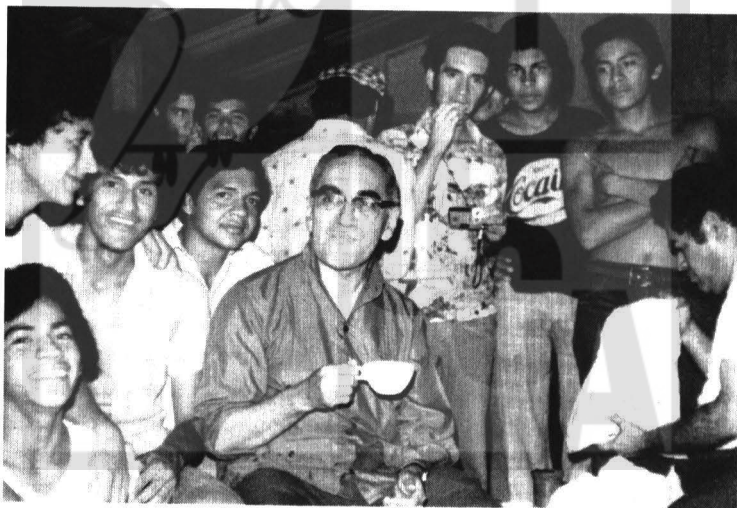
Romero volvió a Aguilares un mes después, el 19 de junio. Ese día respondió con mayor claridad a quienes en marzo «le habían preguntado sin palabras qué iba a hacer». Reabrió el edificio eclesial y presentó al nuevo equipo pastoral, formado por tres religiosas, oblatas del Sagrado Corazón. El sermón de Romero aquel día reveló un profundo concepto de la iglesia local, la comunidad católica de Aguilares. El arzobispo siente con la Iglesia: «Estamos con ustedes... Sufrimos con quienes han sufrido tanto... Ustedes son la imagen del Divino Traspasado. Nuestra palabra de solidaridad se fija también en tantos queridos muertos asesinados... Sufrimos con los que están perdidos, con los que no se sabe dónde están o los que están huyendo... Estamos con los que sufren torturas. Sabemos que muchos están en sus hogares sufriendo esas dolencias, esas humillaciones...». Juzga también con la Iglesia.

Jesucristo nos ha dicho hoy en su Evangelio que quien quiere ir en pos de él debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirle... Hermanos y hermanas, yo pienso que hemos mutilado el Evangelio. Hemos

tratado de vivir un Evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida. Sólo piedad. Sólo un Evangelio que nos hace felices. Pero aquí, en Aguilares, está comenzando el audaz movimiento de un Evangelio más comprometido..., un compromiso muy serio con Cristo crucificado.

Piensa, críticamente, con la Iglesia. «No [hay que] confundir la liberación de Cristo con las falsas liberaciones meramente temporales». Y ora con la Iglesia: «Sentimos tan pequeño nuestro corazón, y Cristo nos presta el suyo, para que así un sólo corazón en el altar, todos los corazones de nosotros nos unamos para darle gloria a Dios, agradecimiento porque vivimos, perdón a nuestros enemigos y súplica de perdón sobre nuestros pecados y los pecados de nuestro pueblo»⁹².

Unos cuantos meses después, cuando el clero de la arquidiócesis se sintió obligado a escribir en apoyo del arzobispo, titularon su declaración: «Tocar al arzobispo es tocar el corazón de la Iglesia»⁹³. *Sentir con la Iglesia, verdaderamente.*



3.2 Catedral

La misa única tras el asesinato de Rutilio Grande fue una de las muchas celebraciones que hicieron patente que la catedral era un lugar de encuentro que congregaba tanto a miembros de la Iglesia como a no creyentes. La catedral era también un refugio que una y otra vez albergaba a gente que huía de la violencia que los agentes gubernamentales imponían en la calle. Era un símbolo frecuentemente ocupado, pese a las protestas del arzobispo, por organizaciones políticas que la veían como el corazón de la vida de la ciudad. Pero, por encima de todo, era la sede de la *cathedra* del obispo, el lugar de su predicación y enseñanza, el ámbito en que Romero daba voz a los sin voz.

Las homilias dominicales de Romero eran largas –a veces de dos horas– y explícitas⁹⁴. Una y otra vez, Romero mostraba cómo leer los sucesos de la semana transcurrida a la luz de los textos de la Escritura dominicales. En 1978, Romero escribió al cardenal Baggio:

Desde marzo de 1977 hasta el presente, la misa dominical de las 8 AM en catedral me ha dado la ocasión para acercar el Evangelio a la vida de mis diocesanos. Repleta la catedral domingo tras domingo, y transmitida además la misa por la radio católica, he ido explicando el Evangelio, procurando que la Palabra de Dios nunca quedara encadenada (2 Tm, 2.9), y que este contacto dominical con la arquidiócesis fuera aliento de esperanza para quienes sufren materialmente y en su dignidad espiritual de hombres e hijos de Dios. He procurado que fuese también continua la llamada a la conversión y el testimonio de que “nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia” (*Gaudium et spes*, 1)⁹⁵.

Romero dijo en cierta ocasión que el propósito de la homilía es «encarnar en el pueblo la palabra de Dios. No es político cuando en la homilía se señalan los pecados políticos, sociales, económicos, sino que es palabra de Dios encarnándose en nuestra realidad, que muchas veces no refleja el reino de Dios, sino el pecado, para decirles a los hombres cuáles son los caminos de la redención»⁹⁶.

En la homilía del 3 de diciembre de 1978, Romero proporcionó otra descripción de lo que él hacía como predicador. El primer domingo de Adviento marcaba el comienzo del Leccionario del Evangelio de Marcos. Romero recordó el testimonio de Papías (siglo II) sobre el mencionado evangelio.

Dice que un presbítero les solía contar: “Cuando Marcos actuó como intérprete de Pedro, puso cuidadosamente por escrito, aunque no con orden, todo cuanto éste recordaba de lo que hizo y dijo el Señor”. Entonces comenta Papías por su cuenta: “Pedro acostumbraba adaptar su enseñanza a las necesidades del momento, pero sin establecer un orden en los oráculos del Señor...”. Tendremos, pues, como texto este año el ejemplo del primer papa, san Pedro, hablando del Evangelio y de Cristo no en una ordenada teoría, sino en una vivencia práctica que ilumina las realidades de El Salvador, semana a semana⁹⁷.

La homilía de Romero aquel domingo de Adviento prosiguió con una larga reflexión bíblica exhortando a la vigilancia y el hambre de Dios. Pasó por los hechos de la semana, explicando la nueva política que vinculaba la catequesis a la celebración de la confirmación y del matrimonio, invitando después al pueblo a la celebración de la festividad de la Inmaculada Concepción y a una novena por un hombre que había sido asesinado por las fuerzas de seguridad del estado a principios de la semana. Romero leyó una carta de una pareja cuyo hijo llevaba tres años desaparecido; un preso huido había testificado que el joven había sido detenido por el gobierno. Continuó con otros comentarios, finalizando con una reflexión sobre la muerte del padre Ernesto Barrera, presuntamente en un tiroteo entre fuerzas gubernamentales y guerrilleros izquierdistas. Y Romero concluyó su homilía con las palabras siguientes:

Les invito a entrar en el Adviento, en esta preparación espiritual de Navidad, con ese sentido que les he dicho: hambre de Dios, seamos pobres de espíritu, necesitados de Dios. Vigilemos, estemos atentos a la presencia de Cristo en el pobre, en nuestro amigo, en el hermano, para no tratarlo como no trataríamos a Cristo. Y finalmente, la presencia comprometida de cristianos, en una sociedad donde tenemos que ser heraldos del Reino de Dios⁹⁸.

Esta homilía es prototípica. En todas las homilías de sus tres años como arzobispo, nacidas de notas breves, pero grabadas y actualmente publicadas en ocho volúmenes, Romero hacía justamente lo que pedía a las comunidades de base que hicieran: posibilitar que el Señor estuviera presente mediante la Palabra, llamar a la conversión y edificar su fe. La diferencia, en el caso de Romero, era el alcance nacional e incluso internacional de su voz. El bombardeo del transmisor de radio de la archidiócesis por fuerzas ultraderechistas en febrero de 1980 es un testimonio del impacto de las homilías. Una de las primeras cosas que Romero hizo al finalizar su retiro de febrero fue visitar el emplazamiento del transmisor, donde encontró a Phil Pick, jesuita de la provincia de Wisconsin, «trabajando como cualquier jornalero en el despeje de las ruinas de la bomba»⁹⁹. En su última homilía dominical, un día antes de su muerte, Romero expresó su agradecimiento especial al padre Pick¹⁰⁰.

Las homilías de Romero incomodaban a mucha gente. Lo que no le sorprendía. La Iglesia es la sal del mundo. Si se mete una mano sana en agua salada, no ocurre nada; pero una mano herida en agua salada escuece¹⁰¹. Si se enciende la luz donde hay gente durmiendo, se despiertan, pero quizá no muy contentos¹⁰².

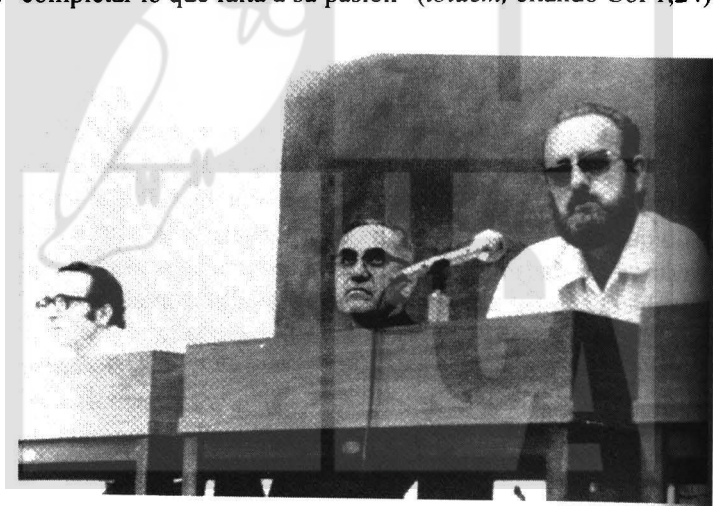
Si bien las homilías no presentan una «teoría sistematizada», las cartas pastorales de Romero sí lo hacen. Elaboró cuatro pastorales, la primera poco después de convertirse en arzobispo, y después una cada año, con motivo de la fiesta patronal de la arquidiócesis de San Salvador, la Transfiguración. Estas pastorales muestran una vez más el *sentir con la Iglesia* de Romero. Dichas cartas aúnan la Escritura, los documentos conciliares, la fe del pueblo y los detalles concretos de la experiencia humana cotidiana. Varias de las cartas pastorales estuvieron precedidas de una amplia consulta, y todas ellas proporcionaban directrices pastorales específicas.

La primera carta, *La Iglesia de la Pascua*, fue fechada el domingo de Resurrección, que fue el 10 de abril de 1977. «Queridos hermanos, hermanas y amigos todos. Hemos vivido una Cuaresma que ha sido un camino hacia la cruz, y un Viernes Santo que ha llegado a su plena floración en esta brillante y esperanzadora hora de la Pascua de Resurrección»¹⁰³. Era el tiempo de recor-

dar que «la Iglesia no vive para sí misma, sino en orden a proporcionar al mundo la verdad y la gracia de la Pascua» (54). En una frase: «La Iglesia es el Cuerpo de Cristo resucitado» (57).

La segunda carta pastoral, *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*, desarrolló ese tema. Apoyándose en *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, la carta expone la eclesiología subyacente a la práctica pastoral de la arquidiócesis. La Iglesia es un cuerpo de hombres y mujeres que pertenecen a Dios, pero que viven como sacramento de salvación en y para el mundo. «La Iglesia es entonces la carne en la que Cristo concreta, a lo largo de los siglos, su propia vida y su misión personal»¹⁰⁴. Por lo tanto, la misión de la Iglesia «sólo será auténtica si es la misión de Jesús en las nuevas situaciones y circunstancias de la historia del mundo» (*ibidem*).

El criterio que guía a la Iglesia no es la complacencia o el miedo a los hombres, por más poderosos y temidos que sean, sino el deber de prestar a Cristo en la historia su voz de Iglesia para que Jesús hable, sus pies para que recorra el mundo actual, sus manos para trabajar en la construcción del Reino en el mundo actual, y todos sus miembros para “completar lo que falta a su pasión” (*ibidem*, citando Col 1,24).



Jon Sobrino, Monseñor Romero y Segundo Montes en la UCA en 1978 en la presentación de la tercera Carta Pastoral

En su encuentro con el mundo de los pobres, la Iglesia ha descubierto de nuevo su urgente necesidad de conversión. Se ha encontrado con sus propios pecados y con los pecados del mundo, pecados personales y el pecado estructural. Para proclamar el Reino de Dios en un tiempo y un lugar concretos, la Iglesia tiene «la apremiante obligación de alentar y animar los mecanismos concretos que mejor parezcan ayudar a la parcial realización de ese Reino... Así como la injusticia es bien concreta, así la promoción de la justicia ha de ser también concreta» (80-81). La Iglesia salvadoreña era perseguida – decía Romero– precisamente por su fidelidad al Evangelio.

Mientras la Iglesia predica una salvación eterna y sin comprometerse en los problemas reales de nuestro mundo, la Iglesia es respetada y alabada, y hasta se le conceden privilegios. Pero si la Iglesia es fiel a su misión de denunciar el pecado que lleva a muchos a la miseria, y si anuncia la esperanza de un mundo más justo y humano, entonces se la persigue y calumnia, tildándola de subversiva y comunista (86).

La segunda carta pastoral finaliza con un llamamiento a la unidad de la Iglesia, basada en la fidelidad a las exigencias de Jesucristo y cimentada en el sufrimiento común:

Apelamos pues, de nuevo, a la unidad de todos los católicos y la deseamos vivamente; pero no podemos poner como precio de esa unidad el cesar en nuestra misión. Recordemos que lo que divide no es la actuación de la Iglesia, sino el pecado del mundo y de nuestra sociedad. Lo que ha ocurrido en nuestra arquidiócesis y lo que siempre ha ocurrido cuando la Iglesia es fiel a su misión, es que, cuando la Iglesia se introduce, con una intención salvadora y liberadora, en el mundo del pecado, el pecado del mundo se introduce en la Iglesia y la divide; separa a los cristianos auténticos y de buena voluntad de los cristianos de nombre y apariencia (87).

La tercera carta pastoral fue más concreta incluso que las dos primeras. Fue elaborada conjuntamente por Romero y por el obispo Arturo Rivera Damas, por entonces obispo de Santiago de María, para la festividad de la Transfiguración de 1978, y el título y el tema de dicha pastoral fue *La Iglesia y las*

organizaciones populares. La expresión «organizaciones populares» u «organizaciones del pueblo», utilizada en El Salvador para describir a las asociaciones de base de campesinos u obreros, suele aplicarse a organizaciones de izquierdas.

Como se ha dicho anteriormente, la estrategia pastoral de la arquidiócesis incluía el apoyo a las comunidades eclesiales de base, descritas en esta carta como

...el tipo de comunidad organizada que surge alrededor de la Palabra de Dios que convoca, concientiza y exige, y alrededor de la Eucaristía y demás signos sacramentales para celebrar la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, celebrando a la vez el esfuerzo humano por abrimos al don de una humanidad mejor¹⁰⁵.

La Palabra de Dios despertó en algunos miembros de estas comunidades una vocación política. «Y aquí surge el problema: fe y política deben estar unidas en el cristiano que tiene vocación política, pero no identificarse» (108). Los cristianos con vocación política pueden caer en dos trampas: «O sustituir lo típico de la fe y de la justicia cristiana por lo típico de una determinada organización política, o afirmar que sólo dentro de una determinada organización se puede desarrollar la exigencia cristiana de justicia que proviene de la fe» (*ibidem*). No todos los miembros de las organizaciones populares son cristianos; pero quienes sí lo son deben profesar su fe en solidaridad con la Iglesia. No todos los cristianos tienen vocación política; quienes no la tienen deben luchar por la justicia de otros modos.

Algunas de las organizaciones populares habían para entonces desarrollado una capacidad militar. La carta pastoral condenaba la violencia institucionalizada de una sociedad injusta, la violencia represiva del estado, la violencia terrorista y la violencia espontánea, pero admitía la posibilidad de una defensa legítima contra «un peligro inminente y efectivo que injustamente amenaza» (116), cuando la violencia proporcionada es el último recurso y «no trae como consecuencia un mal mayor que el que se defiende» (117).

Desde el punto de vista del *sentir con la Iglesia*, merece citarse otro párrafo más de esta tercera pastoral:

Nos damos cuenta de que, a pesar de nuestra buena voluntad y de nuestro esfuerzo por dar una orientación adecuada a la dimensión política de la fe de nuestros hermanos, principalmente campesinos, todavía flotan muchos interrogantes. Queda, pues, por delante un largo camino de reflexión que –juntos, pastores y Pueblo de Dios, y nunca separados de nuestra comunión en Cristo– tenemos que recorrer a la luz de nuestra fe y de la realidad social de nuestro país (113).

Esto es justamente lo que Romero hizo al escribir su última carta pastoral, titulada *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, hecha pública en la festividad de la Transfiguración de 1979. Para desarrollar el tema, Romero recurrió al Vaticano II, el magisterio papal y los documentos de la conferencia de obispos latinoamericanos de Puebla, que había tenido lugar aquel mismo año. Recordó también las palabras de la *Lumen gentium*: «Todo el pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo... guiado por el sagrado Magisterio». Y prosiguió:

Teniendo en cuenta este carisma del diálogo y de la consulta, quise iniciar esta carta pastoral con una encuesta al querido presbiterio y a las comunidades eclesiales de base de la arquidiócesis. Y, una vez más, he quedado admirado de la madurez reflexiva, del espíritu evangélico, de la creatividad pastoral, y de la sensibilidad social y política expresadas en las numerosas respuestas que he leído detenidamente. Incluso algunas inexactitudes y audacias doctrinales y pastorales han servido de estímulo al carisma de magisterio y discernimiento que el Señor me ha confiado¹⁰⁶.

La encuesta reflejó una crisis en el país: mortalidad infantil, malnutrición, desempleo, salarios de hambre, escasez de vivienda, deterioro moral en la administración pública y en la vida privada, exclusión política, violencia represiva... Reflejó también una crisis en la Iglesia: desunión, resistencia a la renovación, por un lado, y adulteración política e ideológica de la fe, por otro. La división en la Iglesia era un reflejo de la división en la sociedad; la unidad en la Iglesia provendría de la adhesión a la «opción preferencial por los pobres» hecha por Puebla (137). La Iglesia debía unirse para denunciar el pecado y desenmascarar la idolatría, ya fuera en forma de

absolutización de la riqueza y la propiedad privada, de absolutización de la seguridad nacional o de absolutización de las organizaciones populares. La Iglesia debía unirse para promover la liberación humana integral. Aquí encontramos de nuevo, en mi opinión, la importancia de *sentir con la Iglesia*. Romero estaba claramente preocupado por los agentes de pastoral que tenían un enfoque distinto del delineado por él.

Nunca debemos ver esta variedad de respuestas que suscita el mismo y único Espíritu como antagónicas entre sí, sino como complementarias, y esto bajo la dirección vigilante del responsable de la pastoral de una diócesis: el obispo. Recordemos que la pastoral debe ser una respuesta en comunión y que, si no es respuesta en comunión, ni es respuesta pastoral, ni es respuesta de Iglesia (165).

Por otro lado,

... el obispo siempre tiene mucho que aprender de su pueblo, y precisamente en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su humildad y de su autenticidad. Yo quiero agradecer a todos aquellos que, cuando no estén de acuerdo con el obispo, tengan la valentía de dialogar con él y de convencerlo de su error, o de convencerse de su error¹⁰⁷.

Finalmente, *sentir con la Iglesia* no es sentir con lo que Romero llamaba a veces «los poderes de este mundo»: el presidente, la Corte Suprema, las fuerzas de seguridad, los magnates de la industria... Monseñor Romero criticaba con gran libertad a cuantos idolatraban la riqueza. Y también criticaba con igual libertad a quienes absolutizaban las organizaciones políticas.

Urioste dice que Romero decía la verdad con gran tranquilidad, como algo que le surgía de manera natural. Un pasaje de una carta de Romero al cardenal Baggio da a entender que no siempre era fácil:

He tratado de proclamar la fe verdadera sin desligarla de la vida, ofrecer el rico tesoro del Magisterio a todos en su globalidad, y mantener firme la unidad de la Iglesia, representada en el Romano Pontífice. Desde hace muchos años mi lema ha sido: "Sentir con la Iglesia." Y lo

será así siempre. Muchas veces me he dicho a mí mismo: qué difícil es querer ser fiel totalmente a lo que la Iglesia proclama en su Magisterio, y que fácil, por el contrario, olvidar o dejar de lado ciertos aspectos. Lo primero conlleva muchos sufrimientos; lo segundo, trae mucha seguridad, tranquilidad y ausencia de problemas. Aquello suscita acusaciones y desprecios; esto último, alabanzas y perspectivas humanas muy halagüeñas. Pero me ha confirmado lo que el Magisterio, a través del Concilio, dice a los obispos: “Expongan la doctrina cristiana de manera acomodada a las necesidades de los tiempos, es decir, que responda a las necesidades y problemas que angustian señaladamente a los hombres, y miren también por esa misma doctrina, enseñando a los fieles mismos a defenderla y propagarla. Al enseñarla, muestren la materna solicitud de la Iglesia para con todos los hombres, fieles o no fieles, y consagren cuidado peculiar a los pobres, a quienes los envió el Señor para darles la Buena Nueva¹⁰⁸.”

En esta *cathedra*, el arzobispo Romero mostró su modo de *sentir con la Iglesia*.

3.3 El *hospitalito*

Romero vivía en lo que todo el mundo llamaba el *hospitalito*, que era y sigue siendo una modesta institución sanitaria de ciento veinte camas creada por las misioneras carmelitas de santa Teresa para cuidar de los enfermos terminales de cáncer indigentes. Romero vivió en una habitación detrás de la capilla del hospital hasta que las hermanas le entregaron las llaves de una casa de tres habitaciones en los terrenos del hospital como regalo de cumpleaños en 1977. Era el capellán de las religiosas, celebraba con ellas la oración matutina y la Eucaristía todos los días y también compartía con ellas las comidas¹⁰⁹. El *hospitalito* fue un lugar importante en el ministerio de Romero, y en el altar de su capilla es donde fue asesinado.

El *hospitalito* era un lugar de diálogo íntimo. En una reseña del *Diario pastoral*, Rodolfo Cardenal apunta que Romero se encontraba con campesinos y obreros, víctimas de la represión, obispos y sacerdotes, estudiantes y personal de la universidad, miembros de las organizaciones populares y miembros de las fuerzas de seguridad, políticos y funcionarios, miembros de la

oligarquía, diplomáticos, representantes de organismos internacionales y periodistas¹¹⁰. Muchos de estos encuentros se celebraban en las oficinas de la arquidiócesis, pero algunos tuvieron lugar en el *hospitalito*. Romero se reunía allí, a menudo durante el desayuno, con sus más estrechos colaboradores, y ocasionalmente se encontraba de noche con personas que no querían ser vistas hablando con él. Muy pocas personas eran invitadas a pasar la noche. Una de ellas fue el cardenal de Brasil Aloisio Lorscheider que, en lugar de pernoctar en la nunciatura, donde se le había ofrecido habitación, optó por pasar la noche en la pequeña habitación de invitados de Romero diciendo: «Así manifesté que estoy contigo»¹¹¹.

Romero preparaba sus homilias en el *hospitalito*. Se reunía con sus asesores, incluido el jesuita Rafael Moreno, para repasar los acontecimientos de la semana, y después se iba a su habitación, donde preparaba las notas que le servían de esquema cuando predicaba.



Monseñor Romero en una visita pastoral

Preparaba [sus homilias] con mucha dedicación... [En el púlpito] él se transformaba. Se cambiaba. Era, digo yo, arrebatado por el Espíritu. Usted sabe que Monseñor era un hombre un poco tímido. Si estaba en un grupo informal conversando, él casi no decía nada, aportaba poco,

digamos, escuchaba mucho y aportaba poco. Pero cuando llegaba al púlpito, era otro hombre completamente distinto. No se detenía ante nada si es que tenía que decir eso que él había consultado con Dios que tenía que decirlo¹¹².

El *hospitalito* era un lugar de ascetismo; tras la muerte de Romero, en su mesita de noche se encontraron una disciplina y un cilicio, que normalmente se utilizan para mortificarse¹¹³. El *hospitalito* era también un lugar de oración en el que «consultar con Dios». Mucha gente ha contado cómo encontraban a Romero en oración solitaria en la capilla. Uno de ellos es el vicario general Ricardo Urioste. Romero había dejado a unos visitantes importantes esperándole...

Yo recuerdo en una ocasión... cuando estaba reunido él temprano en la mañana con el cardenal Lorscheider y con Héctor Dada, un hombre del gobierno. Yo llegué a la misma hora, y estaba allí con ellos. En un momento dado, Monseñor se excusó y se levantó y se fue afuera. Pasaban los minutos y no regresaba. Yo dije, bueno, esta gente no ha venido a verme a mí sino a verlo él, y salí a buscarlo. Fui a su apartamento, y allí no estaba. Fui a la sala de visitas de las hermanas, y tampoco; a la cafetería, y tampoco. Regresando ya al lugar de la reunión, se me ocurrió entrar a la capilla. Monseñor estaba hincado allí delante del Santísimo. Yo me acerqué y le dije: "Monseñor, le están esperando los señores". "Sí, sí, ya voy a llegar". Yo pienso que él tendría que dar alguna respuesta al cardenal o al hombre de la junta de gobierno y que había ido a consultar con Dios qué contestar o qué decir o qué proponer. Y pienso que eso fue siempre Monseñor, alguien que nunca dijo nada ni hizo nada sin que antes lo consultara previamente con Dios¹¹⁴.

Urioste prosigue:

Venían delegaciones después de muerto Monseñor y preguntaban siempre si lo habían manipulado las izquierdas, o si el grupo de sacerdotes, o si los jesuitas, o si quién sabe quién. Y me decían y preguntaban, "¿Monseñor fue manipulado?" Yo les decía, "Sí, fue manipulado. Fue Dios quien lo manipuló e hizo con él lo que le dio la gana" (*ibidem*).

Este testimonio es coherente con lo que el propio Romero decía y escribía. Al cardenal Baggio le escribió en 1978 refiriéndose a un deseo constante de «ser fiel a lo que Dios me pide», y en la oración encontraba la luz para ese discernimiento¹¹⁵. En la homilía del 2 de marzo de 1980, tres semanas antes de ser asesinado, Romero dijo:

Ayer, cuando un periodista me preguntaba dónde encontraba yo mi inspiración para mi trabajo y mi predicación, le decía: “Es bien oportuna su pregunta porque, cabalmente vengo saliendo de mis Ejercicios Espirituales”. Si no fuera por esta oración y esta reflexión que trato de mantener unido con Dios, no sería yo más que lo que dice San Pablo: “una lata que suena...”¹¹⁶.

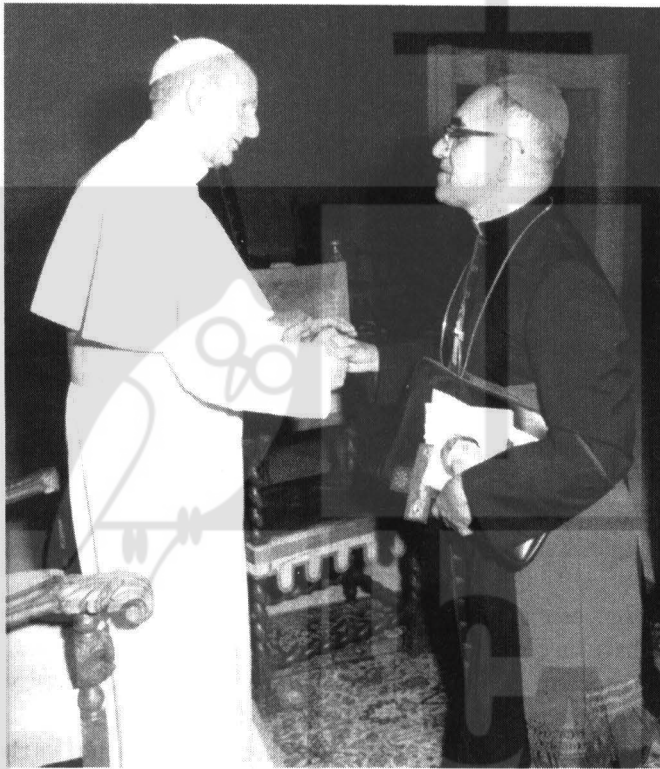
Todos los testigos, incluso aquellos a los que Romero no les gustaba, coinciden en que era un hombre de profunda oración. Sobrino, sin embargo, advierte respecto de un posible malentendido. El mundo del espíritu no se opone al mundo de la historia. «Indudablemente, Monseñor tenía una íntima relación con Dios, el gran Invisible, pero eso no le llevó a confundir el mundo de la espiritualidad con el mundo de lo invisible, sino que le llevó a encarnarse con profundidad y radicalidad extraordinarias en la realidad salvadoreña»¹¹⁷.

La intimidad con Dios y el compromiso con la historia quizá puedan simbolizarse en la capilla del *hospitalito*. Sin lugar a duda, la capilla era un lugar de diálogo íntimo con Dios; pero era también el lugar en que el testimonio de fe y defensa de los pobres de Romero fue sellado por el martirio.

Pensar, sentir y actuar como cuerpo de Cristo en las circunstancias concretas de hace un cuarto de siglo, denunciando el pecado personal y la injusticia social, proclamando el Evangelio y defendiendo a los pobres, y anhelando la liberación trascendente del Reino de Dios, es lo que *sentir con la Iglesia* significa en el nivel local. Y exige no un mero asentimiento intelectual, sino un completo compromiso personal. «Quiero asegurarles a ustedes, y les pido oraciones para ser fiel a esta promesa, que no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio me exige...»¹¹⁸.

4. Sentir con el obispo de Roma

El *sentir con la Iglesia* de Romero superaba los confines de la arquidiócesis extendiéndose a lo nacional y lo internacional. Puede que donde mejor se refleje este hecho sea en su un tanto escabrosa relación con el Vaticano. Romero visitó Roma como arzobispo en cuatro ocasiones, y esos viajes proporcionan el marco del *sentir* de Romero con la Iglesia universal.



Monseñor Romero con el Papa Pablo VI, El Vaticano, junio de 1978. En la mano lleva una fotografía del P. Alfonso Navarro

4.1 Marzo de 1977: «Ahora, ¡valor!»

Romero visitó Roma dos semanas después del asesinato de Rutilio Grande y sus compañeros. Acompañado por monseñor Urioste, llegó a Roma el domingo 27 de marzo¹¹⁹. Lo primero que hizo Romero, dice Urioste, fue orar ante el altar de la Confesión en San Pedro. «Monseñor Romero entró en una profunda oración, como si llevara ante la tumba de Pedro, el primer papa de la historia, todas las preocupaciones de su reciente arzobispado»¹²⁰. A lo largo de la semana siguiente, se reunió con Pablo VI, con el cardenal Sebastiano Baggio, prefecto de la Congregación para los Obispos, con el arzobispo Agostino Casaroli, del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia, y con el General de los jesuitas, Pedro Arrupe. Romero llevó a Roma un abultado «dossier» informativo acerca de la situación de la Iglesia en El Salvador. Pero el arzobispo no fue bien acogido por el cardenal Baggio, que ya había recibido información del nuncio acerca de la misa única después del asesinato del padre Grande.

Dado que había acudido a Roma «para confrontar, como san Pablo con san Pedro, su evangelización, para no apartarse de la verdadera tradición cristiana», Romero estaba especialmente ansioso de ver al papa¹²¹. Después de la habitual audiencia general de los miércoles, Pablo VI llevó a Romero aparte para reunirse privadamente con él. El arzobispo entregó al papa una fotografía de Rutilio Grande y le explicó sus esfuerzos personales para ser un pastor en el espíritu del Vaticano II, Medellín y la *Evangelii nuntiandi*. El papa tomó las manos de Romero en las suyas y le dijo: «Qui è Lei che comanda! Allora, coraggio!» (¡Vamos! Usted es quien está al mando. Ahora, ¡valor!)¹²².

La conversación con el papa confirmó a Romero en su ministerio, pero le preocupó la actitud de algunos funcionarios vaticanos. De hecho, empezó a preguntarse si no sería reemplazado. Romero hizo la siguiente pregunta a César Jerez, el provincial jesuita para América Central, que estaba en Roma para hablar con el padre Arrupe: «Padre Jerez, ¿y usted cree que me vayan a quitar de arzobispo de San Salvador?». César respondió irónicamente que era muy probable que no le hicieran cardenal. Romero repuso con toda seriedad: «Prefiero que me quiten de arzobispo y yo irme con la cabeza en alto, antes que

entregar la Iglesia a los poderes de este mundo»¹²³. Jesús Delgado cita un diálogo idéntico. Ser destituido sería un golpe duro, «pero estaba dispuesto a encararlo con la frente en alto, con la satisfacción de no permitir que la Iglesia cayera en las manos de los poderosos de este mundo. Así se lo manifestó a más de una persona»¹²⁴.

A finales de julio, Romero escribió a Baggio desde San Salvador. Manifestó «tranquilidad de conciencia» acerca de su modo de dirigir la arquidiócesis durante sus primeros cinco meses como arzobispo, y puso de relieve «el resurgir exuberante de la vida pastoral de la Iglesia y la confianza y credibilidad que ha ido ganando ante el pueblo»¹²⁵. Algunos colaboradores pastorales, «demasiado sensibles a los problemas políticos y sociales de nuestro ambiente», podían haber actuado imprudentemente, pero no eran ni marxistas ni subversivos. Las tensiones de Romero con el gobierno eran provocadas por los ataques gubernamentales a la dignidad y la libertad de la Iglesia y a los derechos humanos de tanta gente indefensa. «Eminencia, si, a pesar de esta tranquilidad de mi conciencia, la Santa Sede juzgara que no son éstos los criterios pastorales más adecuados, con gusto espero sus observaciones, incluso estoy dispuesto a devolver con humildad y respeto a otras manos el sagrado timón de esta querida Iglesia».

La carta de Romero hacía notar que, lejos de apoyar su ministerio en unos tiempos tan difíciles, el nuncio le sabotaba. «Al analizar esta rara actitud de S.E. acerca de mis actuaciones, he concluido que S.E. vive muy alejado de los problemas de nuestro clero y de nuestro pueblo humilde». Por su parte, Eduardo Álvarez, obispo de San Miguel y vicario castrense, no hacía nada por defender a la Iglesia de los ataques del ejército salvadoreño. Dadas las circunstancias —decía Romero—, la postura del vicario castrense era perjudicial y no debía continuar.

En diciembre, en espera esperanzada del Día Mundial de la Paz, que Pablo VI deseaba se celebrase bajo el lema «No a la violencia, sí a la paz», Romero escribió al cardenal Villot, secretario de estado del Vaticano. En un tono bastante ecuánime, Romero exponía que la misión evangelizadora proseguía en una atmósfera de desapariciones, violaciones y asesinatos. El cardenal Villot respondió en febrero que la Santa Sede estaba bien informada por muchas fuentes, que iba a hacer una cuidadosa y «objetiva» evaluación de los

datos y que, con la ayuda del representante pontificio y de los demás obispos, Romero debía hacer cuanto estuviera en su mano por establecer un diálogo fecundo con el gobierno¹²⁶.

4.2 Junio de 1978: una charla amigable

El 16 de mayo de 1978, el cardenal Baggio envió a Romero una breve nota invitándole a Roma para mantener una charla amigable¹²⁷. Antes de recibir la carta de Baggio, Romero había preparado un informe de veintitrés páginas sobre su ministerio en la arquidiócesis¹²⁸. El informe pone de relieve las dificultades —oposición desde el exterior de la Iglesia, oposición del nuncio y de otros obispos—, pero también la unidad de la Iglesia en la arquidiócesis, el florecimiento de la catequesis y de la vida sacramental, y la solidaridad de la Iglesia con los pobres. Muchas de las viejas quejas contra Romero se relacionan de nuevo: la «misa única», la negativa a asistir a la toma de posesión presidencial, la exigencia de Romero de que el gobierno cesase en la represión de los campesinos como condición para el diálogo con la Iglesia y las acusaciones de marxismo en la Iglesia.

En esta carta pueden vislumbrarse varias dimensiones de lo que significaba para Romero *sentir con la Iglesia*. Cita una y otra vez la Escritura, los documentos del Vaticano II y Medellín, y las encíclicas *Evangelii nuntiandi*, *Populorum progressio*, *Pacem in terris* y *Quadragesimo anno*. Sin embargo, citando *Lumen gentium* n. 12, se refiere también al «*sensus fidei* del pueblo». Apela al «clamor mayoritario de mi Iglesia arquidiocesana, en el que discerní la voz del Espíritu Santo», y apunta como signo de confirmación la extraordinaria unidad de los colaboradores pastorales con su obispo. Romero envió este alegato no sólo a Baggio, sino también al cardenal argentino Eduardo Pironio, prefecto de la Congregación para los Religiosos, al que consideraba un amigo que comprendía su «deseo de ser fiel al Evangelio y al clamor de este pobre pueblo»¹²⁹.

Romero, su vicario general Ricardo Urioste y el obispo Arturo Rivera Damas, que por entonces era obispo de Santiago de María, partieron para Roma el 17 de junio. De nuevo, el primer lugar al que Romero acudió en

Roma fue la tumba de san Pedro, «encomendándole a san Pedro los intereses de nuestra Iglesia y el éxito de este diálogo con la Santa Sede»¹³⁰. Después visitaron al padre Arrupe.

El lunes, los obispos acudieron a la Congregación para los Obispos, donde se les invitó a hablar con monseñor Miguel Buro. Romero escribió en su diario: «La plática ha sido muy útil para decir, los breves momentos que nos dejó hablar, ya que casi sólo él hablaba, nuestros puntos de vista»¹³¹.

Romero se reunió el 20 de junio con el cardenal Baggio en la Congregación para los Obispos, y redactó un memorándum de nueve páginas como informe del encuentro. De acuerdo con el informe, Baggio alegó que Romero se había rodeado de sacerdotes poco fiables que le halagaban y le hacían pensar que era un profeta. Había decepcionado a los que habían respaldado su nombramiento esperando de él serenidad y prudencia. Había permitido que los sacerdotes se politizaran. Marginaba al obispo Marco René Revelo, que había sido designado su auxiliar en San Salvador. Al negar al nuncio el uso de la catedral para un acto cuasi-diplomático con altos funcionarios del gobierno, había causado un «escándalo casi irreparable». Las homilias de Romero eran criticadas por sumamente largas y concretas, aunque se las consideraba sin errores doctrinales. Baggio estaba «aterrado» al pensar en la clase de sacerdotes que saldrían del seminario.

El memorándum de Romero dice que escuchó respetuosamente, con un deseo sincero de orientar mejor su servicio a la Iglesia. Respondí —escribió Romero— con la sinceridad de «quien reconoce lo que es verdadero y, al contrario, defiende la verdad cuando ésta ha sido desfigurada por informaciones inexactas o interesadas»¹³². La serenidad y la prudencia tropiezan con el sufrimiento del pueblo, cuyos derechos fundamentales, incluido el derecho a expresar libremente su fe, han sido pisoteados. El conflicto no era entre el gobierno y la Iglesia, sino entre el gobierno y el pueblo. La Iglesia se limitaba a cumplir con su misión para con el pueblo¹³³. En cuanto al uso de la catedral, el verdadero contra-testimonio habría sido «un homenaje en honor del Santo Padre en el que aparezca también recibiendo honores de la jerarquía un gobierno culpable de tantos atropellos a la Iglesia y al pueblo». Romero manifestó su deseo de trabajar más estrechamente con su auxiliar, el obispo Revelo, pero también subrayó que la base para una buena relación de trabajo era bas-

tante débil, porque «él mismo confiesa –y V.E. me lo confirmó– que su nombramiento ha sido para “frenarme”».

Aunque sus homilias eran largas, la gente escuchaba con avidez, porque él mostraba cómo la Palabra de Dios arroja luz sobre las circunstancias concretas de la vida. Algunos podían escuchar por mera curiosidad, pero eso simplemente impulsaba aún más a Romero a tratar de «encender la fe donde tal vez se ha extinguido». Compartiendo la preocupación de Baggio por un clero merecedor de la completa confianza de la Santa Sede, Romero prometió darles incluso mayor apoyo en su difícil misión. Defendió también la veneración popular de las tumbas de los dos sacerdotes mártires, Rutilio Grande y Alfonso Navarro.

Finalmente, Baggio comentó que algunos obispos habían pedido que Romero fuera relevado de sus funciones. El informe de Romero dice:

V.E. me comentó la petición de destitución contra mí de parte de mis hermanos obispos y la posibilidad de ella. Y con igual sencillez que en nuestro coloquio, consigno por escrito que, si es para bien de la Iglesia, con el mayor gusto entregaré a otras manos este difícil gobierno de la arquidiócesis. Pero que mientras lo tenga bajo mi responsabilidad, sólo trataré de agrandar al Señor y servir a su Iglesia y a su pueblo de acuerdo con mi conciencia a la luz del Evangelio y del Magisterio.

Pablo VI recibió a Romero y a Rivera al día siguiente, después de la audiencia general de los miércoles. El relato de este encuentro en el *Diario pastoral* de Romero está marcado por la emoción. Pablo VI y Romero no deshicieron su cordial apretón de manos mientras hablaban. Romero recordaba el calor del momento mejor que las palabras exactas, pero «las ideas dominantes de esas palabras fueron éstas: “Comprendo su difícil trabajo. Es un trabajo que puede ser no comprendido, necesita tener mucha paciencia y mucha fortaleza. Ya sé que no todos piensan como usted, es difícil en las circunstancias de su país tener esa unanimidad de pensamiento; sin embargo, proceda con ánimo, con paciencia, con fuerza, con esperanza”»¹³⁴.

Romero dejó al papa un memorándum; memorándum que vio unos días después entre los papeles que el arzobispo Agostino Casaroli, secretario del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia, llevaba a su encuentro con él. Romero ponía de relieve en dicho memorándum que los comentarios hechos por varios dicasterios vaticanos coincidían totalmente con las críticas que hacían las poderosas fuerzas salvadoreñas que trataban de socavar su labor apostólica. El memorándum concluía, de acuerdo con el *Diario pastoral*, haciendo profesión de su fidelidad al sucesor de Pedro y a su Magisterio; fidelidad que proporcionaba «la garantía de caminar con mi rebaño en pos del Espíritu del Señor»¹³⁵.

Al final de su visita a Roma, Romero acudió de nuevo a San Pedro. «Ahí, junto a la tumba de san Pedro, recé el credo de los apóstoles pidiéndole al Señor la fidelidad y la claridad para creer y predicar esa misma fe del apóstol san Pedro»¹³⁶.

4.3 Mayo de 1979: me hace recordar Polonia

Pablo VI falleció dos meses después de la visita de Romero. Juan Pablo II llevaba seis meses de pontificado cuando tuvo lugar la siguiente visita a Roma de Romero. Las hermanas dominicas de la Anunciación invitaron a Romero a Roma para la beatificación de su fundador, Francisco Coll, el domingo 29 de abril de 1979. Desde la Semana Santa, Romero había estado solicitando una entrevista con Juan Pablo II durante aquel viaje, pero vio que le era difícil conseguir audiencia. Cuando el papa saludaba a cada uno de los obispos al finalizar la audiencia general de los miércoles, Romero le pidió su bendición para la arquidiócesis de San Salvador, y el papa respondió que tendrían que «platicar en privado». Romero repuso que ése era su mayor deseo. No obstante, siguió teniendo problemas para conseguir audiencia¹³⁷.

Fue recibido finalmente el lunes 7 de mayo¹³⁸. Llevó consigo documentación sobre la situación del país, incluidos informes internacionales, porque, al parecer, pensaba que tendrían más peso que su propio testimonio. Cuando sacó toda aquella documentación, el papa sonrió. No habría tiempo para tanto. Romero sugirió que el Santo Padre ordenara que se realizara un estudio de los documentos y se elaborara un resumen, porque «a mí me interesaba que

tuviera una idea de cómo criterios imparciales bosquejan la situación de injusticia y de atropello que hay en nuestro país». Entregó también al papa un documento sobre el asesinato en enero del padre Octavio Ortiz y sus compañeros en la casa de ejercicios «El Despertar».

El papa hizo referencia entonces a las dificultades de la labor pastoral en un contexto político como el de Romero, recomendándole equilibrio y prudencia. Debía atenerse a los principios y evitar las denuncias concretas para no cometer errores.

Yo le aclaré, y él me dio la razón, que hay circunstancias –le cité, por ejemplo, el caso del padre Octavio– en que se tiene que ser muy concreto, porque la injusticia, el atropello ha sido muy concreto. Me recordó su situación en Polonia, donde tuvo que hacer frente a un Gobierno no católico... Le dio mucha importancia a la unión del episcopado. Volviendo a recordar su tiempo pastoral en Polonia, dijo que éste era el problema principal, mantener la unidad episcopal. Le aclaré también que era lo que yo más deseaba, pero que tenía en cuenta que una unión no tiene que ser fingida, sino sobre el Evangelio y la verdad.



Monseñor Romero con el Papa Juan Pablo II. El Vaticano, 30 de enero de 1980

Juan Pablo II se refirió a continuación al informe del visitador apostólico, el obispo Quarracino, que «recomendó como solución a las deficiencias pastorales y a la falta de unidad entre los obispos, un administrador apostólico, *sede plena*» (*ibidem*). Romero escribió en el *Diario pastoral* que había sido una visita útil, que la conversación había sido franca y que «no se debe esperar siempre una aprobación rotunda». Se reunió de nuevo con el cardenal Baggio, que consideró poco práctica la idea de nombrar un administrador apostólico, y después se encontró con un amigo de la curia, que le sugirió confidencialmente que el posible nombramiento de un administrador apostólico podría haber sido propuesto para ver cuál era la reacción de Romero¹³⁹. Finalmente, se entrevistó con su amigo el cardenal Pironio, de origen argentino y prefecto de la Congregación para los Religiosos:

Me abrió su corazón diciéndome lo que él también tiene que sufrir, cómo siente profundamente los problemas de América Latina y que no sean del todo comprendidos por el Ministerio Supremo de la Iglesia y, sin embargo, hay que seguir trabajando, informando lo más que se pueda la verdad de nuestra realidad. Y me dijo: “Lo peor que puedes hacer es desanimarte. ¡Ánimo Romero!”¹⁴⁰.

Como de costumbre, el viaje finalizó con una visita a las tumbas de los papas en San Pedro e «intensa» oración.

Un informe de la periodista María López Vigil comenta lo difícil que debió de resultarle a Romero esta tercera visita a Roma. Dicha periodista habló con Romero en Madrid, en su escala del viaje de vuelta a San Salvador, y Romero le describió su audiencia con el papa:

El Santo Padre insistía en que yo me llevara bien con el gobierno, para que no hubiera conflictos. Y yo trataba de explicarle que el gobierno perseguía al pueblo, que lo mataba... Le decía que la Iglesia no podría llevarse bien con un gobierno así. Pero él me insistía siempre con el mismo mensaje, me decía que yo tenía que acercarme al gobierno. Para mí eso era imposible; delante de Dios era imposible. Entonces me atreví a recurrir a las palabras de Jesucristo en el Evangelio

para decirle: “Santo Padre, Jesús dice que él no vino a traer la paz sino la espada, el conflicto”... Y el Santo Padre me hizo un gesto con la mano y me dijo: “No exagere, Monseñor”¹⁴¹.

Un aparte: estando en Roma, Romero recibió una llamada de Urioste para contarle un ataque a manifestantes cerca de la catedral. Urioste le dijo que en la catedral había nueve cadáveres y que era probable que hubiera muerto más gente¹⁴².

4.4 Enero de 1980: No sólo justicia social y amor a los pobres

Romero realizó su última visita a Roma en enero de 1980, camino de Lovaina para recibir el doctorado *honoris causa*. Parece que esta visita transcurrió con menos dificultades que el primer encuentro de Romero con Juan Pablo II. Puede que el golpe de los oficiales jóvenes de octubre convenciera a algunos de que Romero tenía razón en condenar al régimen anterior. La actitud inicialmente esperanzada de Romero ante el nuevo gobierno pudo haber sido interpretada por el Vaticano como una respuesta adecuadamente moderada. El Vaticano había recibido también un informe favorable sobre la arquidiócesis del cardenal Aloisio Lorscheider de Fortaleza, Brasil, antiguo



Segundo Montes, Ignacio Ellacuría, y Monseñor Romero ante los periodistas después de una misa dominical en Catedral en 1980

presidente de la Conferencia Episcopal Lationamericana (CELAM), que había visitado San Salvador, no como visitador apostólico oficial, sino como hermano en el episcopado latinoamericano y amigo¹⁴³.

La primera conversación de Romero tuvo lugar con su amigo el cardinal Eduardo Pironio, el argentino que era prefecto de la Congregación para los Religiosos. Pironio dijo a Romero que Lorscheider había informado muy favorablemente. Pero ello no significaba que todo fuera bien. Pironio prosiguió diciendo, como Romero recogió en su diario, que «si los que matan el cuerpo son terribles, son más terribles los que acribillan el espíritu, calumniando, difamando, destruyendo a una persona, y él creía que éste era precisamente mi martirio, aun dentro de la misma Iglesia, y que tuviera ánimo»¹⁴⁴.

Romero acudió a la audiencia general del papa, al final de la cual todos los obispos fueron invitados una vez más a saludar a éste. Juan Pablo II dijo a Romero que le gustaría hablar con él. Tenemos dos relatos del encuentro en palabras de Romero. El primero es del *Diario pastoral*.

Me recibió con mucho cariño, me dijo que comprendía perfectamente lo difícil de la situación política de mi patria y que le preocupaba el papel de la Iglesia, que tuviéramos en cuenta no sólo la defensa de la justicia social y el amor a los pobres, sino también lo que podría ser el resultado de un esfuerzo reivindicativo popular de izquierda, que puede dar por resultado también un mal para la Iglesia» (*ibidem*).

Romero expresó su completo acuerdo.

Yo le dije: “Santo Padre, precisamente es ése el equilibrio que yo trato de guardar, porque, por una parte, defendiendo la justicia social, los derechos humanos, el amor al pobre, y, por otra, siempre me preocupa mucho también el papel de la Iglesia y el que no por defender estos derechos humanos vayamos a caer en unas ideologías que destruyen los sentimientos y los valores humanos”.

Romero explicó de nuevo su trabajo, citando exhortaciones sacadas de los discursos del propio papa. «El papa sentí que estaba muy de acuerdo en todo lo que yo le decía y, al terminar, me dio un abrazo muy fraternal y me dijo que rezaba todos los días por El Salvador. Yo he sentido aquí la confirmación y la fuerza de Dios para mi pobre ministerio» (*ibidem*).

Una semana después, en su habitual homilía dominical, Romero proporcionó un segundo relato de su encuentro con Juan Pablo II. El arzobispo empezó diciendo:

En el encuentro con el Santo Padre, sobre todo sentía que lo hacía no personalmente, sino como llevando conmigo el trabajo, la colaboración de sacerdotes, religiosas y de fieles. Y las palabras de aliento del papa significaron también, para mí, un aliento para toda la arquidiócesis que yo quisiera transmitir y decirles que el Santo Padre conoce plenamente nuestro trabajo y está muy de acuerdo en la defensa de la justicia social que aquí tratamos de llevar y de nuestro amor preferencial por los pobres. Las informaciones tendenciosas que a veces se dan acerca de las relaciones con el Santo Padre no tienen más que la malicia de querer desprestigiar una pastoral que el papa conoce mucho mejor que aquéllos medios de comunicación que aquí tratan de tergiversar las cosas... A todos nos interesa saber que el papa es el que más impulsa los avances del Concilio Vaticano II y que tratamos de defender, precisamente, de todos aquellos frenos y corrientes que dentro de la misma Iglesia tratan de frenar estos impulsos de una Iglesia cada día más comprometida al servicio del mundo¹⁴⁵.

Más adelante en su homilía se extendió sobre la conversación con el papa. El papa no le «regañó», como algunos habían dicho, sino que el encuentro fue como el de Pablo y Pedro en Jerusalén. El papa dijo a Romero que siguiera defendiendo la justicia social y el amor a los pobres, pero también asegurándose de que los movimientos populares no perdían sus valores cristianos ni terminaban haciendo tanto daño como la dictadura con la que trataban de acabar. Romero dijo que él estaba de acuerdo con el papa y después añadió:

Pero, Santo Padre, en mi país es muy peligroso hablar de anti-comunismo, porque el anticomunismo lo proclama la derecha, no por amor a los sentimientos cristianos, sino por el egoísmo de cuidar sus intereses egoístas... Por eso yo no lo presento así sino positivamente, alabando los valores espirituales, cristianos de mi pueblo, y diciendo que hay que defenderlos y conservarlos siempre.

El propio Romero cuenta que esta última visita a Juan Pablo finalizó con la confirmación de éste y un abrazo fraternal, pero la conversación con Pironio permite pensar que al menos algunas sospechas acerca de Romero persistían.

Volviendo la vista a las relaciones con el Vaticano, monseñor Urioste, vicario general de Romero, subraya dos aspectos. Primero: que Romero «tenía una gran devoción por los papas..., un gran amor por la Iglesia y por los papas en concreto..., gran respeto, gran devoción y admiración por el papa, cualquiera que fuera, aun por Juan Pablo II, que no lo entendió y no lo comprendió¹⁴⁶. Sin embargo...

... lamentablemente, pienso que el Vaticano nunca lo entendió a Monseñor... Me parece que la Iglesia no está acostumbrada a esa clase de santidad. Está acostumbrada a otra clase de santidad, pero no a la santidad del hombre que ve lo que es necesario de parte de la Iglesia hacer en beneficio de la persona humana, directamente en beneficio de la persona humana, o del bienestar de un país, o de la paz en un país, o del respeto a los derechos humanos en un país. El Vaticano eso lo interpreta como político simplemente... Yo me temo que a él lo consideraron siempre un político, y que lo siguen considerando un político (*ibidem*).

5. El sentir con la Iglesia de Romero

Habrà quien encuentre en la exhortación a sentir con la Iglesia reminiscencias del viejo consejo inglés: «Reza, paga y obedece». Como es natural, esta forma de sentir con la Iglesia puede resultar difícil. Cuando estoy escribiendo este artículo, en febrero de 2003, muchos católicos estadounidenses

hacen titánicos esfuerzos por aceptar las críticas del Vaticano a la política norteamericana respecto de Irak. El modo de *sentir con la Iglesia* de Romero, sin embargo, es más exigente aún.

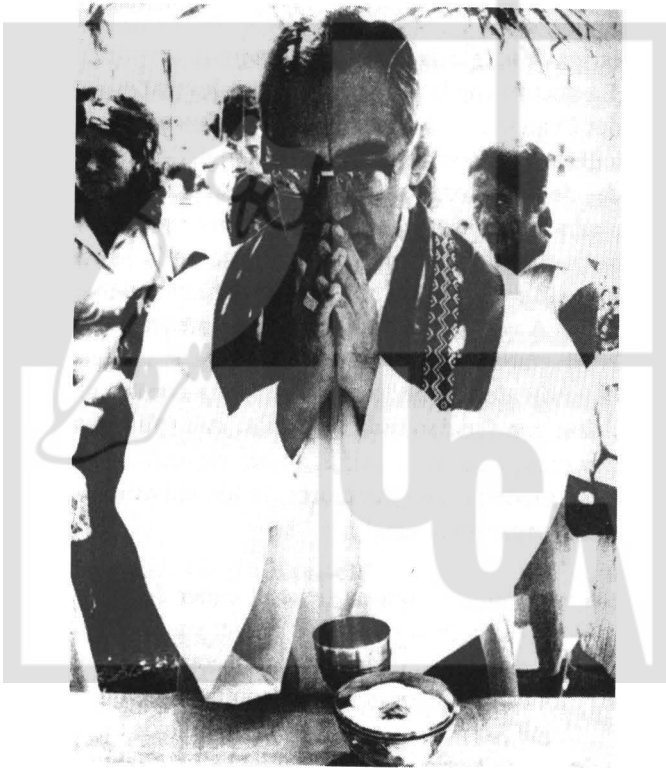
El asentimiento intelectual a la doctrina oficial era, ciertamente, parte del *sentir con la Iglesia* de Romero. Sus homilias y cartas pastorales están repletas de citas de documentos papales y conciliares. De hecho, el día anterior a su muerte, negando la acusación de que la Iglesia se «metía» indebidamente en política, Romero dijo que él trataba simplemente de asegurarse de que el Vaticano II, Medellín y Puebla se aplicaban en la vida de cada día para poder predicar el Evangelio y cumplir la misión de la Iglesia¹⁴⁷. El vicario general Ricardo Urioste llega a llamar a Romero «mártir del Magisterio», porque Romero nunca habría sido tan audaz si no hubiera creído que la doctrina de la Iglesia se lo exigía¹⁴⁸.

La doctrina de la Iglesia exigía de Romero su asentimiento intelectual y mucho más. La doctrina de la Iglesia exigía que leyera los signos de los tiempos a la luz del Evangelio. La doctrina de la Iglesia exigía que prestara atención a las circunstancias concretas de las comunidades de la archidiócesis y a las necesidades de la sociedad salvadoreña en su conjunto. La doctrina de la Iglesia le llamaba a arriesgarse, a superar su timidez natural, a identificarse con la Iglesia, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo en la historia; le llamaba a predicar la buena nueva a los pobres y a aceptar cualquier conflicto que ello pudiera conllevar. A veces esos conflictos se planteaban con miembros de la Iglesia que interpretaban la doctrina de ésta de manera diferente; con el nuncio, que vivía «muy alejado de los problemas de nuestro clero y de nuestro pueblo humilde»; con funcionarios vaticanos, que solían estar mal informados; con oligarcas, que absolutizaban su riqueza; con militares, que absolutizaban su fuerza; o con miembros de los movimientos políticos, que absolutizaban sus organizaciones¹⁴⁹.

Romero escribió: «La Iglesia tiene el deber de prestar a Cristo en la historia su voz de Iglesia para que Jesús hable, sus pies para que recorra el mundo actual, sus manos para trabajar en la construcción del Reino en el mundo actual, y todos sus miembros para “completar lo que falta a su pasión” (Col 1:24)»¹⁵⁰. Como Romero dijo en Puebla, se trata de una «Iglesia interpretada no sólo como Magisterio, sino como pueblo; un pueblo que pone su espe-

ranza en la Iglesia, un pueblo que es Iglesia y Cristo, que se ha hecho carne en la Iglesia latinoamericana de los pobres, los oprimidos y los que sufren». A esta luz —decía el arzobispo—, «el “sentir con la Iglesia” de san Ignacio es sentir con la Iglesia encarnada en este pueblo que pervive necesitado de liberación»¹⁵¹.

Las reglas para sentir con la Iglesia no se encuentran en el centro de los Ejercicios, sino al final de ellos, casi como una idea de último momento. En el centro de los Ejercicios está el encuentro con Jesucristo. Haciendo los Ejercicios, Romero oyó la llamada del Rey y se ofreció al «Eterno Señor de todas las cosas». El Dios que mora con nosotros y labora en el mundo actual aceptó su ofrecimiento y le envió a aquellos de los que Romero decía: «Con este pueblo no cuesta ser un buen pastor»¹⁵². *Sentir con la Iglesia*, verdaderamente.



Notas

* Agradezco la ayuda que me han prestado en este proyecto los miembros del *Seminar in Jesuit Spirituality*, los jesuitas de El Salvador y, especialmente, monseñor Ricardo Urioste, Vicario General de la Arquidiócesis de San Salvador en la época de monseñor Romero y posteriormente.

1. *Orientación*, 13 de marzo de 1983, p. 14.
2. *Diario Pastoral*, 7 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#13>). El *Diario Pastoral* consiste en la transcripción de las cintas grabadas por Romero entre el 31 de marzo de 1978 y el 20 de marzo de 1980. He utilizado la transcripción publicada como vol. 9 en *Colección de homilias y Diario de Mons. Óscar Arnulfo Romero* (Arzobispado de San Salvador, San Salvador 2000). Este diario puede también consultarse en la página web <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/index.htm> de la Biblioteca virtual Miguel de Cervantes (N. de la t.). La transcripción fue publicada por primera vez por la arquidiócesis en 1990. Las homilias, publicadas en los vol. del 1 al 8 de dicha *Colección* se identificarán en adelante con el título *Homilias* seguido por la fecha de predicación de la homilía. Dichas homilias pueden también consultarse en la página web de Koinonía: <http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/indice.htm>. En cada *homilía* se especificará la dirección concreta de consulta (N. de la t.). Y una selección de las *Homilias*, junto con algunos artículos periodísticos, se encuentra en MONSEÑOR ÓSCAR A. ROMERO (James R. Brockman, SJ, [ed.], *La violencia del amor*, Sal Terrae, Santander 2002).
3. Como joven sacerdote, Romero hizo el mes de Ejercicios en Santa Tecla, El Salvador, bajo la dirección de Miguel Elizondo, SJ, que en aquella época era maestro de novicios de la provincia centroamericana (Segundo AZCUE, SJ, *Noticias de la provincia centroamericana*, abril de 1980).
4. Cf. *Ejercicios Espirituales*, n. 365 (Editorial Sal Terrae, Santander 1985), p. 183. En adelante, esta fuente se abreviará como EE, seguido del número al margen y, cuando sea conveniente, del número del «versículo».

5. *Diario espiritual*, op. cit., p. 45. Romero escribía de vez en cuando comentarios al retiro, fotocopias de los cuales se encuentran en *The Brockman Romero Papers* en la biblioteca de la Universidad DePaul de Chicago. A estas notas no publicadas me referiré como «Diario espiritual».
6. Carta a Baggio, mayo de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
7. La breve entrevista con Romero fue publicada originalmente en José MAGAÑA, SJ, *Ejercicios Espirituales en, desde y para América Latina* (Torreón, México 1980).
8. En El Salvador, el título de «monseñor» se les da a los obispos y a los *monsignori* que no son obispos; Urioste no es obispo. A Romero se hacía referencia generalmente como «Monseñor». Seguiré esta costumbre en las citas directas, pero en otros lugares utilizaré el título de «arzobispo». Urioste concedió una entrevista al autor de este artículo de *Studies* el 7 de diciembre de 2002. En adelante se hará referencia a esta entrevista como Urioste, Entrevista, 7 de diciembre de 2002.
9. *Homilias*, op. cit., 26 de noviembre de 1978 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/A/781126.htm>).
10. «Servidores de la misión de Cristo», «amigos en el Señor» y «amigos de los pobres» son frases utilizadas por la Congregación General 34 en su Decreto 2. Véase *Congregación General 34 de la Compañía de Jesús*, Mensajero/Sal Terrae, Bilbao/Santander 1995, pp. 68-83.
11. El proceso de canonización del arzobispo Romero fue sometido al Vaticano en 1996, tras la conclusión de la investigación canónica en el nivel diocesano. En coincidencia con muchos otros estamentos, la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos votó unánimemente su apoyo a la beatificación (*Origins* 29 [25 de noviembre de 1999] 24).
12. Louis PUHL, SJ, *The Spiritual Exercises of Saint Ignatius Based on Studies in the Language of the Autograph*, Loyola University Press, Chicago 1951, p. 197.
13. *The Spiritual Exercises of St. Ignatius*, traducción de George E. Ganss, SJ, The Institute of Jesuit Sources, St. Louis 1992, nota final 163, p. 197. En adelante esta fuente se abreviará como *SpEx*, seguido del número al margen y, cuando resulte útil, del número del «versículo».
14. PUHL, *Spiritual Exercises*, n. 352.

15. La Vulgata es de 1547, y el *Autógrafo* unos cuantos años anterior. Para un estudio completo, véase *Sancti Ignatii de Loyola Exercitia Spiritualia*, ed. Josephus Claversa, SJ, y Cándido de Dalmases, SJ, vol. 100 de la serie «Monumenta Historica Societatis Iesu», Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, Roma 1969, pp. 86-418.
16. Jesús CORELLA, SJ, *Sentir la Iglesia: Comentario a las reglas ignacianas para el sentido verdadero de Iglesia*, Sal Terrae/Mensajero, Santander/Bilbao 1995, pp. 106s.
17. David L. FLEMING, SJ, *The Spiritual Exercises of Saint Ignatius: A Literal Translation and a Contemporary Reading*, Institute of Jesuit Sources, Saint Louis 1978, p. 231.
18. Véase Gerald M. FAGIN, SJ, «Fidelity in the Church – Then and Now»: *Studies in the Spirituality of Jesuits* 31/3 (mayo 1999). Véase también *DocsCG34*, pp. 257-317.
19. Los lectores interesados en una descripción más completa de este período pueden leer las biografías de Jesús DELGADO, *Óscar A. Romero: Biografía*, UCA Editores, San Salvador 1990; y James BROCKMAN, SJ, *Romero: A Life*, Orbis, Maryknoll 1989.
20. El 11 de diciembre de 1981, el batallón Atlacatl, entrenado por asesores norteamericanos, asesinó a cientos de civiles en la ciudad de El Mozote. Años después, sólo en la sacristía de la iglesia se desenterraron restos de los esqueletos de 143 personas. De ellos, 131 eran restos de niños de menos de doce años. Los casquillos encontrados junto a los restos fueron identificados como munición fabricada para el gobierno estadounidense en Lake City, Missouri. Véase el informe de la Comisión de la verdad de las Naciones Unidas *De la locura a la esperanza*, Editorial DEI, San José 1993. Para una relación completa, véase Mark DANNER, *The Massacre at El Mozote*, Vintage Books, New York 1994.
21. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., pp. 1-5.
22. DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 71.
23. *Ibid.*, pp. 53-59.
24. Zacarías Díez y Juan MACHO, *En Santiago de María me topé con la miseria: Dos años de la vida de Mons. Romero*, (editorial y fecha ilegibles).
25. URIOSTE, Entrevista, op. cit.

26. DELGADO, *Biografía*, op. cit., pp. 63-66.
27. *Ibid.*, pp. 67-70 y 73-74; BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 54. Para un relato detallado, véase Díez y Macho, *En Santiago*, op. cit., pp. 59ss.
28. Segundo AZCUE, SJ, *Noticias de la provincia centroamericana*, abril de 1980.
29. URIOSTE, *Entrevista*, op. cit.
30. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 6.
31. ARTURO RIVERA DAMAS, comentarios en la catedral de San Salvador, 25 de marzo de 1980, publicados en la *Noticias de la provincia centroamericana*, abril de 1980.
32. *Ibidem*.
33. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 25.
34. *Ibid.*, pp. 31s.
35. Carta al cardenal Baggio, 21 de mayo de 1978, fotocopia en *The Brockman Romero Papers*. Véase *Lumen gentium* n. 8 en *Documentos del Concilio Vaticano II*, Sal Terrae, Santander 1966, pp. 153ss.
36. URIOSTE, *Entrevista*, op. cit.
37. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 71.
38. *Homilias*, op. cit., 24 de julio de 1977 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/770724.htm>).
39. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 92.
40. Carta a Baggio, 24 de junio de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
41. Citado en BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 93.
42. *Ibid.* p. 51.
43. *Ibid.* pp. 108s.
44. Citado *ibid.* p. 120.
45. *Ibid.* pp. 121-125.
46. *Ibid.* pp. 164s.
47. *Diario pastoral*, op. cit., 20-21 de enero de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#8>).
48. *Homilias*, op. cit., 16 de febrero de 1979 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/790216.htm>).
49. *Diario pastoral*, op. cit., 3 de febrero de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#8>).

50. *Ibidem*.
51. *Ibid.*, 7 de mayo de 1979.
52. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 167.
53. *Ibid.*, p. 171.
54. Una excelente visión de conjunto de estos acontecimientos puede encontrarse en el libro de Teresa WHITFIELD, *Paying the Price: Ignacio Ellacuría and the Murdered Jesuits of El Salvador*, Temple University Press, Philadelphia 1995, pp. 120-128. [trad. en castellano: *Pagando el precio. Ignacio Ellacuría y los jesuitas en El Salvador*. UCA Editores, San Salvador, 1998]
55. DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 164.
56. *Diario pastoral*, op. cit., 15 de octubre de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000004.htm#20>). La referencia es al n. 76 de la *Gaudium et Spes*, en *Documentos del Concilio Vaticano II*, op. cit., pp. 1.127ss.
57. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 216.
58. *Diario pastoral*, op. cit., 22 de enero de 1980 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000005.htm#24>).
59. *Ibid.*, 30 de enero de 1980 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000005.htm#24>).
60. URIOSTE, Entrevista, op. cit.
61. «Diario espiritual», op. cit., pp. 49-51 (*The Brockman Romero Papers*). Publicado también en *Revista de Teología Latinoamericana* 13 (enero-abril 1988) 3-12.
62. *Homilias*, op. cit., 23 de marzo de 1980 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800323.htm>).
63. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 243.
64. AZCUE, *Noticias...*, op. cit., abril de 1980.
65. Testimonio de la madre Luz de la Cueva, en *La espiritualidad de Monseñor Romero*, Fundación Monseñor Romero, San Salvador 2000, p. 121.
66. RIVERA DAMAS, prólogo a DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 3.
67. Todo ello ha sido tomado de Rodolfo CARDENAL, *Rutilio Grande, mártir de la evangelización rural*, UCA Editores, San Salvador 1978, pp. 20ss. En adelante, esta fuente será citada como CARDENAL, *Rutilio Grande*.

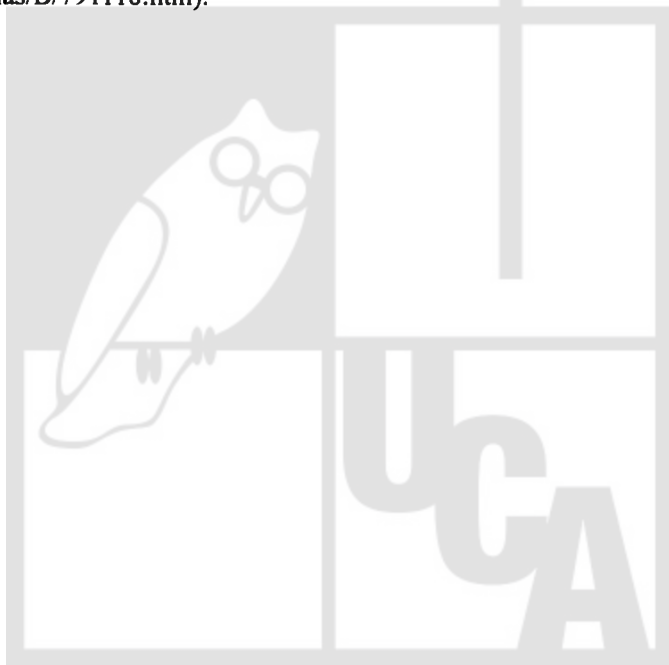
68. Citado en Rodolfo CARDENAL, *Historia de una esperanza: Vida de Rutilio Grande*, UCA Editores, San Salvador 2002, p. 207. En adelante, esta fuente será citada como CARDENAL, *Historia*.
69. CARDENAL, *Rutilio Grande*, op. cit., p. 72.
70. El análisis definitivo de la relación entre FECCAS y la parroquia se realiza en CARDENAL, *Historia*, op. cit., pp. 433-509.
71. CARDENAL, *Rutilio Grande*, op. cit., p. 80.
72. CARDENAL, *Historia*, op. cit., pp. 276ss.
73. La expresión «violencia institucionalizada» procede del *Documento sobre la paz*, n. 19 de Medellín. En su tercera carta pastoral, Romero y Rivera Damas describen esta violencia institucionalizada como «producto de una situación injusta en la mayoría de los hombres y mujeres –y, sobre todo, la mayoría de los niños– de nuestro país ven cómo se les niega lo necesario para vivir» («Iglesia y organizaciones políticas populares»: *La voz de los sin voz*, UCA Editores, San Salvador 1980, p. 114).
74. CARDENAL, *Historia*, op. cit., p. 546.
75. *Orientación*, op. cit., 27 de marzo de 1977, p. 4.
76. CARDENAL, *Historia*, op. cit., p. 572.
77. DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 76.
78. JON SOBRINO, *Monseñor Óscar A. Romero. Un obispo con su pueblo*, Sal Terrae, Santander 1991², p. 14.
79. Carta a Baggio, 24 de junio de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
80. SOBRINO, *Monseñor Óscar A. Romero*, op., cit., p. 15.
81. *Homilias*, op. cit., 14 de marzo de 1977 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/770314.htm>). Romero cita aquí el n. 38 de *Evangelii nuntiandi*, encíclica de Pablo VI del 8 de diciembre de 1975.
82. CARDENAL, *Historia*, op. cit., p. 581.
83. Un relato detallado de la reunión puede encontrarse en *ibid.*, pp. 590-591.
84. SOBRINO, *Monseñor Óscar A. Romero*, op., cit., pp. 29-30.
85. *Ibid.*, p. 30.
86. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., p. 27.
87. DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 83.
88. *Ibid.*, p. 82; CARDENAL, *Historia*, op. cit., p. 592.
89. *Homilias*, op. cit., 20 de marzo de 1977 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/770320.htm>).

90. Carta a Villot, 12 de diciembre de 1977 (*The Brockman Romero Papers*).
91. Esta descripción es de CARDENAL, *Historia*, op. cit., p. 597.
92. *Homilias*, op. cit., 19 de junio de 1977, pronunciada en Aguilares, pp. 97-102 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/7706192.htm>).
93. *Orientación*, op. cit., 22 de enero de 1978.
94. *Diario pastoral*, op. cit., 10 de febrero de 1980 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000006.htm#26>).
95. Carta del 21 de mayo de 1978 (*The Brockman Romero Papers*), citando *Gaudium et spes*, n. 1, en *Documentos del Concilio Vaticano II*, op. cit., pp. 943s.
96. *Homilias*, op. cit., 11 de noviembre de 1979 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/791111.htm>).
97. *Ibid.*, 3 de diciembre de 1978 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/781203.htm>).
98. *Ibidem*.
99. *Diario pastoral*, op. cit., 26 de febrero de 1980 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000006.htm#26>).
100. *Homilias*, op. cit., 23 de marzo de 1980 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800323.htm>).
101. *Ibid.*, 29 de mayo de 1977 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/770529.htm>).
102. *Ibid.*, 22 de enero de 1978; MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, *La violencia del amor*, op. cit., p. 48 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/A/780122.htm>).
103. Los textos originales de las tres últimas cartas pastorales se encuentran en *La voz de los sin voz*, op. cit. Para la primera carta utilizaré la traducción inglesa (*Voice of the Voiceless*, Orbis, Maryknoll 1985). Esta cita es de «The Easter Church», p. 61.
104. «La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la historia», en *La voz de los sin voz*, op. cit., p. 76.
105. «La Iglesia y las organizaciones populares», *La voz de los sin voz*, op. cit., p. 104.
106. «Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país», en *La voz de los sin voz*, op. cit., p. 128.

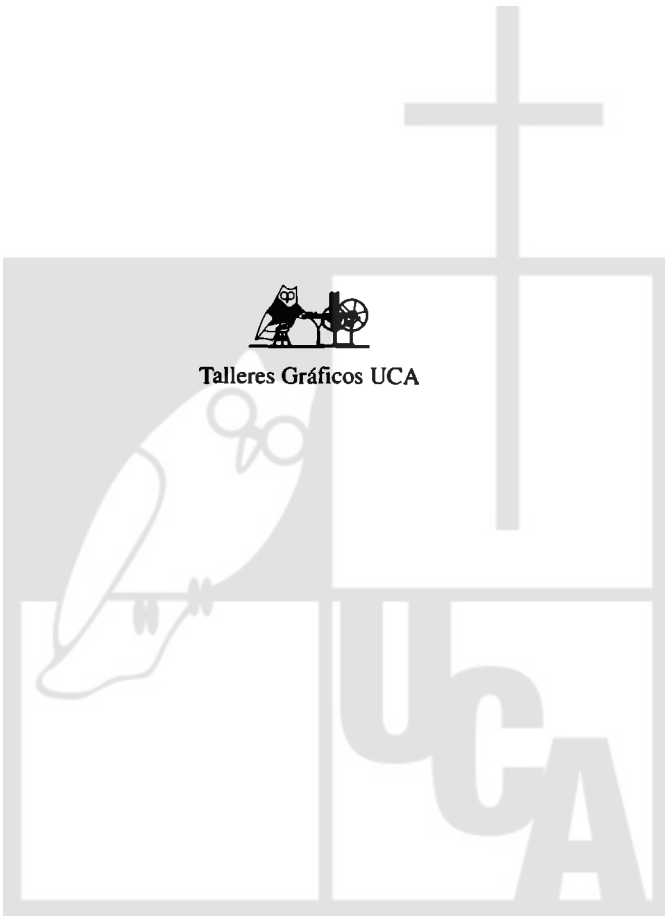
107. *Homilias*, op. cit., 9 de septiembre de 1979; MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, *La violencia del amor*, op. cit., p. 172 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/790909.htm>).
108. Carta a Baggio, 24 de junio de 1978 (*The Brockman Romero Papers*). La cita es de documentos del Concilio Vaticano II, decreto *Christus Dominus*, n. 13, en *Documentos del Concilio Vaticano II*, op. cit., p. 433 (http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651028_christus-dominus_sp.html).
109. BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., pp. 90s.
110. Rodolfo CARDENAL, «En fidelidad al evangelio y al pueblo salvadoreño: El diario pastoral de Mons. Óscar A. Romero»: *Revista Latinoamericana de Teología* 4 (enero-abril 1985).
111. *Diario pastoral*, op. cit., 31 de diciembre de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000005.htm#23>).
112. URIOSTE, Entrevista, op. cit.
113. *Ibidem*.
114. URIOSTE, Entrevista, op. cit.
115. Carta a Baggio, 24 de junio de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
116. *Homilias*, op. cit., 2 de marzo de 1980; MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, *La violencia del amor*, op. cit., p. 205 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800302.htm>).
117. Jon SOBRINO, «Hombre de Dios y hombre de los pobres»: *La espiritualidad*, op. cit., p. 13.
118. *Homilias*, op. cit., 11 de noviembre de 1979; MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, *La violencia del amor*, op. cit., pp. 182-183 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/791111.htm>).
119. Véase el resumen del viaje en BROCKMAN, *Romero: A Life*, op. cit., pp. 19-22.
120. Citado en María LÓPEZ VIGIL, *Piezas para un retrato*, UCA Editores, San Salvador 1998⁴, p. 145.
121. Citado por DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 85.
122. URIOSTE en LÓPEZ VIGIL, *Piezas*, op. cit., p. 146.
123. JEREZ, citado *ibid.*, pp. 147s.
124. DELGADO, *Biografía*, op. cit., p. 86.
125. Carta a Baggio, julio de 1977 (*The Brockman Romero Papers*).

126. Carta del cardenal Villot, 18 de febrero de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
127. Carta en *The Brockman Romero Papers*.
128. Carta a Baggio, 21 de mayo de 1978, *ibid*.
129. Carta a Pironio, 8 de junio de 1978, *ibid*.
130. *Diario pastoral*, op. cit., 17 de junio de 1978 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000001.htm#4>).
131. *Ibid.*, 19 de junio de 1978 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000001.htm#4>).
132. Informe a Baggio, 24 de junio de 1978 (*The Brockman Romero Papers*).
133. Esta constante afirmación puede encontrarse también en las homilias del 21 de enero y el 21 de octubre de 1979.
134. *Diario pastoral*, op. cit., 21 de junio de 1978 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000001.htm#4>).
135. *Ibidem*.
136. *Ibid.*, 28 de junio de 1978 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000001.htm#4>).
137. *Ibid.*, 2 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#12>).
138. *Ibid.*, 7 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#13>).
139. *Ibid.*, 8 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#13>).
140. *Ibid.*, 9 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#13>).
141. María LÓPEZ VIGIL, manuscrito en la biblioteca del Centro Monseñor Romero de la UCA en San Salvador.
142. *Diario pastoral*, op. cit., 9 de mayo de 1979 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000002.htm#13>).
143. URIOSTE, entrevista, *op. cit*.
144. *Diario pastoral*, op. cit., 30 de enero de 1980 (<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13515074612919474754491/p0000005.htm>).

145. *Homilias*, op. cit., 10 de febrero de 1980 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800210.htm>).
146. URIOSTE, Entrevista, *op. cit.*
147. *Homilias*, op. cit., 23 de marzo de 1980 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/800323.htm>).
148. URIOSTE, Entrevista, *op. cit.*
149. La cita es de una carta a Baggio, 29 de julio de 1977 (*The Brockman Romero Papers*).
150. ROMERO, «La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia», *op. cit.*, p. 70. «La Iglesia de la Pascua», *op. cit.*, p. 54.
151. ROMERO, «Reflexiones sobre los Ejercicios Espirituales», *op. cit.*, p. 101.
152. *Homilias*, op. cit., 18 de noviembre de 1979; MONSEÑOR ÓSCAR ROMERO, *La violencia del amor*, op. cit., p. 183 (<http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/B/791118.htm>).







Cuadernos Monseñor Romero

- Cuaderno 1. 1998. Año del Espíritu Santo
- Cuaderno 2. Monseñor Romero. Westminster y Roma
- Cuaderno 3. Los Documentos de Medellín (Selecciones)
- Cuaderno 4. 1999. Año de Dios Padre
- Cuaderno 5. Biografías. Mártires de la UCA
- Cuaderno 6. Jubileo 2000. Dos mil años de Jesús, veinte de Romero
- Cuaderno 7. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios
- Cuaderno 8. El evangelio de Monseñor Romero
- Cuaderno 9. Ignacio Ellacuría, el hombre y el cristiano.
“Bajar de la cruz al pueblo crucificado”
- Cuaderno 10. XXV Aniversario de Rutilio Grande. Sus homilías
- Cuaderno 11. El Bautismo cristiano. Otra manera de vivir
- Cuaderno 12. El sentir con la Iglesia de Monseñor Romero